

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA HIJA DEL PRISIONERO.

Drama en cuatro actos y un prólogo, traducido libremente del francés por D. R. DE VALLADARES Y SAAVEDRA, y D. L. S. GARAY, para representarse en el teatro del Drama en el año de 1849.

PERSONAGES.

FEDERICO II, rey de Prusia.	GUILLERMO.
GUSTAVO DE FRIDBERG.	UN OFICIAL.
EL CORONEL D' OSBORN.	UN SOLDADO.
TEODORO.	UN CRIADO.
GUSTAVO.	UN DESCONOCIDO.
UNICO BERL.	MARIA.
JOHN.	ESTELA.
MARIE DE MITTAU.	MADAMA RICCA.
HELMAN (mudo).	MADAMA MULLER.
FELIX.	CRISTINA.
MARIE DE STRAUNITZ.	GERTRUDIS.

Oficiales, pages, guardias, paisanos.

En el prólogo pasa la escena en el palacio de Berlin. En el primer acto en el castillo de Ricca en Pomerania, quince años despues del prólogo; en el primer cuadro del acto segundo en una cabaña de los alrededores de la fortaleza del monte de los Gigantes, en la frontera de Silesia; en el segundo cuadro, tercero y cuarto actos en la misma fortaleza.

PROLOGO.

LA BODA.

Palacio del rey Federico en Berlin. Un salon en el espacio que da al parque. A la derecha, en segundo término, una chimenea con fuego; en el tercero, una ventana; á la izquierda, en el segundo, la entrada á las habitaciones del rey; en el tercero una gran ventana alta; en medio, en el fondo, una gran puerta que dá

al parque; cerca de la chimenea una mesa cubierta con un rico tapiz, pluma y lacre; á la izquierda, en primer término, un canapé colocado frente al público. El salon está suntuosamente iluminado.

ESCENA PRIMERA.

MR. DE STRAUNITZ, GUSTAVO.

(Al alzarse el telon se oye un murmullo de voces desde fuera. Straunitz, echado sobre la ventana lateral, parece tomar parte en lo que pasa. Gustavo Verner entra por el fondo, ve y reconoce al page, se acerca á él y cojiéndole por la oreja le dice engruesando la voz.)

Gus. Qué haceis ahí, caballero Straunitz?

STRAU. (con miedo.) Perdonadme, señor gobernador... Estaba... (vuelve la cabeza hacia Gustavo, le reconoce, y prorrumpe en una gran carcajada.)
Ja! ja! ja!

Gus. (con gravedad cómica.) De qué os reis, caballero?

STRAU. De mi, voto al diablo! A fé mia que habia creido oír la voz campanuda del gobernador.

Gus. Eso es decir que la finjo bien?

STRAU. Como un ex-page, mi teniente.

Gus. (encarándose con él.) Cómo habeis dicho?

STRAU. He dicho mi teni... (señalando su cintura.)
Ah! perdon, mi capitan!... Digo!... Dos grados en tres años!

Gus. En tiempo de guerra los militares hacen su fortuna.

STRAU. Si, cuando el valor ayuda...

Gus. Y cuando el cañon deja vacios nuestros costados. Pero qué haciais reclinado sobre esa ventana?

STRAU. Estaba viendo pasar el cuerpo mutilado del pobre Mulgrave á quien llevan al hospital.

Gus. Mulgrave!

STRAU. Si... el bávaro... el que hace tres años salió

de page y fué nombrado oficial al mismo tiempo que vos. El infeliz acaba de matarse.

Gus. El! Mulgrave! Un antiguo camarada!

STRAU. Probablemente no tenia otro medio de evitar el cadalso.

Gus. Pues qué crimen habia cometido?

STRAU. Cómo! Habeis llegado anoche con el rey de Stettin y lo ignorais? Y yo que contaba con que me lo diriais todo!

Gus. Y no sabeis nada mas?

STRAU. Poca cosa. Hace días que se dice que unos papeles de la mayor importancia han sido sorprendidos á un desertor de la compañía de Mulgrave, en el momento en que ganaba la frontera. Este pobre diablo, que vivia en Berlin, ha sido traído ayer provisionalmente á la torre del castillo, y esta mañana, sin duda despues de la confesion del soldado, Mulgrave ha sido reducido á prision, donde ha sacado del pecho una pistola que habia podido ocultar, y se ha matado.

Gus. Triste fin que estábamos lejos de preveer, porque así que salimos de pages, Mulgrave, Fridberg y yo, nos separamos jurándonos eternamente buena y franca amistad.

STRAU. A propósito. Sabeis que vuestro inseparable compañero de otras veces, Mr. Fridberg, es hoy secretario de la cancilleria?

Gus. Y estará en Berlin?

STRAU. No: hace dos meses que reemplaza al gran canciller, á quien un ataque de gota tiene separado de la campaña; pero pronto lo vereis, porque el rey, así que llegó anoche, ha preguntado muchas veces por Mr. Fridberg, y dos correos han salido para avisar su vuelta á aqui... (*subiendo á la escena.*) No me engaño!... El es el que atraviesa la entrada del parque!... Os dejo... Dios os guarde, Mr. Verner.

Gus. Hasta la vista... (Dichoso tiempo!... Por qué no seré ahora page!)

STRAU. Ah! cuándo seré capitan! (*el page entra á la derecha. Ernesto entra por el fondo viniendo de la izquierda.*)

ESCENA II.

GUSTAVO, ERNESTO.

Gus. (*saliéndole al encuentro.*) Ernesto!

ERN. (*reconociéndole.*) Gustavo!

Gus. (*teniéndole abrazado.*) Es él!... como en la universidad!... como en los pages!... Siempre amigos!

ERN. Siempre hermanos!

Gus. Oh! cuánto bien me hace sentir tu mano entre las mias!... Separados durante tres años!

ERN. Tres siglos!

Gus. Que han sido útilmente empleados por los dos.

ERN. Oh! amigo mio, nosotros buscamos el bien bajo formas distintas. Para ti la felicidad es el tumulto de los campos, el ruido del cañon, y despues, al fin de cada campaña, un grado mas. Para mi el colmo de la felicidad seria el ser...

Gus. Gran canciller.

ERN. Mejor que eso! El esposo de la que amo: he aqui la esperanza y el fin de mi vida.

Gus. Cómo es eso? ¿Y en tus cartas no me has dicho nunca una palabra?

ERN. Este amor era un secreto que fué preciso

callar á todo el mundo. Conociste al general baron de Rittersdorf?

Gus. El gobernador de la fortaleza del monte de los Gigantes! Si, el testarudo mas inhumano de toda la Prusia, que afortunadamente para sus enemigos y sus amigos acaba de morir.

ERN. Su hija es la mujer á quien amo.

Gus. A la hija de Mr. de Rittersdorf?

ERN. Un angel, amigo mio... un angel de belleza y de bondad.

Gus. Bella y bondadosa! Veo con placer que en nada se parece á su aborrecible padre.

ERN. Gustavo... el general no existe.

Gus. Razon de mas para que diga sus virtudes. Recuerdo que tu mismo padre, amigo de la infancia del general, se cansó al fin de su insoportable carácter.

ERN. En efecto, hace algunos años que se indispusieron, por cuya razon tuve que apelar á la astucia para ver á Maria. Aquel amor de niño fué creciendo rápidamente hasta llegar á ser serio, profundo, irresistible. El general se ausentaba de continuo, y la buena Gertrudis, aya de Maria, que nos llamaba hijos, protegió nuestro inocente amor. En esta época el general habia escrito á su hija que proyectaba para ella un casamiento. Maria me enseñó la carta llorando... yo desesperado, furioso, pedí al cielo que aquella union no se verificase. Qué te diré, Gustavo? En un momento me abandona la razon, y cuando volví sobre mi, el casamiento proyectado por el general era imposible. Desde aquel instante día y noche trabajé sin descanso por Maria, por nuestra hija hasta encontrarme hoy, á los veinticuatro años con el alto empleo de primer secretario de la cancilleria.

Gus. La muerte del general te facilita el trabajo y el duelo de Maria toca á su fin, porque bien pronto podrás confesar á su tutor...

ERN. Sabes quién es el tutor de Maria?

Gus. No, pero lo será ..

ERN. El rey!...

Gus. Comprendo muy bien que es difícil hacer semejante confesion á un hombre como Federico.

ERN. No obstante, lo espero todo, y voy á confesarte el motivo. La poca salud del ministro me ha proporcionado, hace dos meses, el encargarme de todos los asuntos de la cancilleria, y creo que el rey, muy complacido con mi trabajo, ha enviado ayer un espreso al castillo para que me deje venir á Berlin, donde mi presencia es necesaria.

Gus. Querrá recompensarte, y tu, por toda gratificacion, le pedirás la mano de Maria. La has visto? Te has puesto de acuerdo con ella?

ERN. Maria está en su castillo disfrutando de permiso real para pasar allí todo el tiempo de duelo: el castillo de Rittersdorf está á treinta leguas de Berlin, y hace seis meses que mis obligaciones no me dejan dos horas de libertad. Espero encontrar en mi casa carta de ella y voy á aprovechar el tiempo que falta antes de la audiencia de su magestad.

Gus. Pues no hay momento que perder... (*mostrando á los oficiales que entran.*) Felizmente me dejas en numerosa y apreciable compañía... (*estrechan los dos las manos. Durante el fin de est*

escena, el salon se ha llenado de oficiales que han venido por el jardin. Ernesto sale por el fondo y toma á la izquierda.)

ESCENA III.

STAVO, GUILLERMO, oficiales de diversos regimientos; despues el CORONEL D' OSBORN.

(Durante esta escena. un hombre que lleva el uniforme de coronel entra, y apoyándose en la chimenea permanece aparte escuchando en silencio lo que se dice en salon.)

STAVO. (yendo á Gustavo.) Salud á Mr. Gustavo Verner.

OSBORN. (estrechando las manos.) Guillermo!...

OSBORN. Señores, os presento á un antiguo camarada que ha llegado ayer de Pomerania. Vamos, capitán, qué hay de nuevo por allá abajo?

STAVO. Poca cosa; todo pasa como es de costumbre. (en este momento entra el coronel)

OSBORN. Se dice que el general Rhor tiene el deseo ó la esperanza de ser llamado á ocupar el puesto del favorito del rey... del viejo baron de Rittersdorf? Ya sabreis que la plaza de gobernador del monte de los Gigantes está ahora vacante.

STAVO. Ya sabeis, señores, que la ciudadela del monte de los Gigantes, que ha sido transformado en prision de estado, es la Bastilla prusiana; y para aceptar su mando es preciso tener antes de todo un corazon de verdugo.

OSBORN. Por eso nuestro rey, que conoce á los hombres, no escojerá á un noble y valiente oficial como Mr. de Rhor, para hacer de un general un carcelero-verdugo.

STAVO. Para ser gobernador de esa fortaleza es preciso alimentar lo que el difunto general, un corazon de tigre bajo el uniforme de soldado.

OSBORN. Miradlo bien!... Si el futuro gobernador os decepcionase...

STAVO. Se designa á alguno?

OSBORN. (saliendo de la cámara del rey.) Mr. el coronel D' Osborn!

STAVO. Yo soy. (movimiento general.)

OSBORN. (saludando.) Su magestad os espera, coronel. (el coronel pasa por en medio de los jóvenes oficiales, que instintivamente se alejan de él, y entra en la habitacion del rey. El page le sigue.)

ESCENA IV.

Los mismos, menos el CORONEL.

OSBORN. Mr. D' Osborn estaba ahí, taciturno y silencioso como siempre...! No le habiamos visto...

STAVO. Quién es ese Mr. D' Osborn?

OSBORN. Un pariente lejano, un amigo íntimo del baron de Rittersdorf; decian ayer que á él destinaba el rey el mando de la fortaleza del monte de los Gigantes.

STAVO. Pues retiro mis palabras, porque Mr. D' Osborn puede no parecerse en nada al retrato que acabó de hacer.

OSBORN. Al contrario, tiene una semejanza admirable; pero en adelante sed mas prudente. Dadme el brazo, y hablemos como se habla en la corte .. siempre mal, pero siempre bajo. (Mr. de Straunitz llega por el fondo, viniendo de la derecha, y precede é introduce á Maria y Gertrudis.)

ESCENA V.

Los mismos, MARIA, GERTRUDIS, conducidas por Mr. DE STRAUNITZ.

STRAU. (á Maria.) Esperad aqui, señorita, mientras prevengo al rey de vuestra llegada. (al aspecto de Maria, todos los oficiales se acercan y la miran.)

MARIA. (intimidada.) Cuánta gente!

GERTRUDIS. (señalando el canapé.) Sentémonos allí, hija mia, y evitaremos de ese modo las miradas curiosas que os intimidan. (las dos damas se sientan. Mr. de Straunitz, despues de dejarlas, se dirige á las habitaciones del rey.)

GUSTAVO. (Soberbia muchacha!) (se llega al page y le dice á media voz.) Mr. de Straunitz! .. Conocéis á esa linda pretendiente que acabais de guiar?

STRAU. Es la señorita de Rittersdorf.

GUSTAVO. (con viveza.) La hija del anciano general?

STRAU. La misma.

GUSTAVO. (al page.) Y qué viene á hacer aqui?

STRAU. El rey la ha hecho venir... (mas bajo.) En su calidad de tutor quiere casarla, y por eso sin duda estan iluminados los salones.

GUSTAVO. Lo creéis así?

STRAU. Estoy seguro de ello. Su magestad acaba de dar la orden de abrir y de preparar la capilla del castillo. (entra en la habitacion del rey.)

GUSTAVO. (No hay duda! El futuro es Ernesto de Fridberg. Venir los dos por una orden espresa del rey... estas iluminaciones, un casamiento improvisado!... Todo esto es muy de Federico. (se aproxima lentamente á las dos damas, que por discrecion los otros personajes no miran ya.)

GERTRUDIS. Qué teneis, Maria? A qué viene esa turbacion?

MARIA. No se, pero me agitan tristisimos presentimientos... Por qué este deseo del rey de arrebatar me tan pronto mi duelo? Por qué esta orden de presentarme hoy mismo en su audiencia?...

GUSTAVO. (á media voz.) Presumo que puedo decirlo á la señorita Maria de Rittersdorf.

MARIA. (volviéndose con miedo.) Caballero...

GUSTAVO. Una palabra va á tranquilizaros, señorita. Soy el amigo de la infancia de Ernesto de Fridberg.

MARIA. Ernesto!

GUSTAVO. (mas bajo.) Se que le amais... En este mismo sitio hace un momento que me habló de vos.

MARIA. Está aqui!

GUSTAVO. Llamado como vos por el rey.

MARIA. Explicaos, caballero.

GUSTAVO. El rey se interesa en el porvenir de Ernesto, y quiere asegurar el de su pupila.

MARIA. Qué es lo que oigo?

GERTRUDIS. Qué decis?

GUSTAVO. Digo que todo se dispone en la capilla real para la celebracion de un casamiento que debe de tener lugar tal vez antes de una hora... (sonriendo.) á menos que la señorita no lo rehuse obstinadamente...

(Marcha real. La galeria se llena de soldados, que presentan las armas: el coronel D' Osborn, los oficiales y los pages preceden al Rey, que sale de su habitacion seguido de un brillante estado mayor.)

STRAU. (anunciando.) El rey! (Gustavo se aleja de Maria y va á confundirse en el grupo de los oficiales.)

ESCENA VI.

Los mismos, el REY, D' OSBORN, oficiales, pages. El REY entra apresuradamente á las voces de «viva el rey!»

REY. Señores, nuestras fatigas van á comenzar de nuevo. Seis años pasados en una guerra desastrosa y llena de gloria, nos daban derechos á la tranquilidad; pero el destino y la traicion lo han dispuesto de otro modo.

Todos. La traicion!

REY. La traicion extranjera, secundada tal vez por algun hijo infame de la Prusia. Hoy salgo para la Silesia, y antes de tres dias estaré delante de Schweidnitz: en sus muros solamente dictaré la paz, que me ofrecerá emplearme de nuevo en la felicidad de mi pueblo, despues de haber combatido por su gloria y su independencia.

Todos. Viva el rey!

REY. Mr. de Hertzberg, publicad hoy mismo el estado de los grados y condecoraciones acordadas á los que se han distinguido en la última campaña. Todos los servicios serán recompensados, y todas las faltas castigadas. (*á otro, yendo á la mesa y escribiendo de pié.*) Mr. de Mittau, id ahora mismo á la tienda del gefe de la policia, y os entregará con esta orden (*se la da.*) los papeles sorprendidos al desertor Ulrico Burl... (*á d' Osborn.*) Quiero, antes de mi partida, arreglar por mi mismo este asunto. (*Mittau sale. Dirigiéndose á todos.*) Mr. de Fridberg no ha parecido en palacio? (*momento de silencio.*)

Gus. (*adelantándose.*) Hace un momento que estaba aqui esperando la vénia de vuestra magestad.

REY. (*viendo á Maria que está á su derecha.*) Ah! señorita de Rittersdorf... (*Maria se acerca con timidez.*) Hace mucho tiempo que no os vemos por la corte.

MAR. Señor... la muerte de mi padre...

REY. Ha prolongado vuestra permanencia en Rittersdorf... era muy justo... Ahora, por orden mia, abandonais el duelo antes de tiempo para rendir el mas profundo homenaje á la memoria de vuestro padre, obedeciendo una de sus últimas voluntades. En su testamento me suplicó que os escojiese un esposo... y hoy mismo os unireis á un gentil-hombre que me ha pedido vuestra mano.

GER. (*bajo á Maria.*) Ois?... ese joven oficial no nos ha engañado...

REY. Mr. d' Osborn, acercaos... Señorita de Rittersdorf, ved á vuestro marido. Para cumplir los deseos de vuestro moribundo padre, he nombrado al coronel d' Osborn general y gobernador de la fortaleza del monte de los Gigantes.

MAR. (Dios mio!)

GER. (Pobre niña!)

OSB. (*abanzando.*) Puedo esperar, señorita...

REY. Ya le hareis la corte cuando seais su marido. Al momento, y despues de la ceremonia, partireis con vuestra esposa para vuestro destino: ahora, como sabeis, os necesito... Seguidme... Vosotros tambien, señores. (*el rey y toda su comitiva salen por el fondo, á la derecha. Los guardias entran por la izquierda.*)

ESCENA VII.

MARIA, GERTRUDIS.

MAR. (*cayendo sentada en el canapé.*) Estoy perdida!

GER. Maria... hija mia... no os abandoneis asi á la desesperacion... este casamiento no se efectuará... es imposible que se realice...

MAR. No has oido al rey? No conoces la inflexibilidad de su carácter? No sabes que nunca sufre contradiccion de nadie?

GER. Es preciso decirle la verdad... es preciso...

MAR. Confesar mi afrenta delante de todo el mundo... acusar á Ernesto...

GER. Mr. de Fridberg mismo no recelará el arrostrar la cólera de Federico...

ESCENA VIII.

Las mismas, ERNESTO.

ERN. No me habia engañado. Eres tu, Maria, y tu tambien, mi querida Gertrudis?... Pero, que tienes, Maria? Sufres, lloras?

GER. Oh!... Mr. de Fridberg, si supiéseis...

ERN. Qué nuevo golpe nos amenaza ahora?... Oh! hablad, hablad...!

MAR. Ernesto, no tengo ya valor ni fuerzas... El rey, que es hoy el señor y el árbitro de mi suerte... el rey me ha llamado... Yo esperaba pobre loca, que hubiese adivinado nuestro amor y quisiese hacer nuestra felicidad... pero acaba de anunciarme que, obedeciendo el último voto de mi padre, habia dispuesto de mi mano... Yo os buscaba ya con los ojos y con el corazon, cuando poniéndome delante de otro hombre me dijo: «He aqui vuestro marido!»

ERN. Gran Dios!

MAR. Quedé temblorosa y muda de espanto... porque hoy mismo, dentro de poco, debe realizarse este casamiento. Para esta boda se ha dispuesto la capilla... Oh! salvadme, Ernesto salvadme! Tú sabes que yo no puedo ser de otro, tu sabes que es preciso que yo sea tu mujer, ó que muera.

ERN. Oh! tranquilizate... Todo el poder de Federico cederá ante nuestro amor. Le diré que me perteneces, que tu padre mismo no hubier podido entregarte en los brazos de otro. Yo encontraré palabras para conmoverle; yo suplicaré en nombre de nuestra Estela, de nuestra hija!... Ya no espero que el rey me llame; corro á echarme á sus pies; él me oirá y él tendrá piedad de nosotros, Maria.

ESCENA IX.

Los mismos, GUSTAVO que viene por el fondo derecho

Gus. (*llegando á Ernesto.*) A dónde vas?

ERN. A encontrar al rey... á decirle...

Gus. El rey! No sabes que acaba de dar la orden de tu arresto, y que estás acusado de alta traicion?

ERN. Qué es lo que dices?

MAR. Ernesto habeis dicho?

Gus. El rey estaba ahora mismo en la galeria rodeado de todos nosotros, cuando Mr. de Mittau se acerca á su magestad, pone entre sus manos un papel, que Federico repasó al momento con furor diciéndonos á todos: «No hay duda ninguna; es él!... es Fridberg el que me ha ve-

«dido... que se apoderen de ese miserable!...»
Mientras que iban en tu busca á la cancillería,
yo, que sabia que estabas en este salon, corri
para prevenirte.

ER. Acusado de traicion... yo!... (los guardias
coronan el exterior.)

OS. (en el fondo.) El rey sale de la galería... no
vienes mas que un momento. Pronto!... Evita
la ira y cólera.

MR. y GER. Partid!

ER. No, Maria, no... yo no huiré nunca ante una
calumnia!

ESCENA X.

Los mismos, el REY seguido de oficiales, GUILLERMO,
GUSTAVO, pages, oficiales.

ER. (entrando el primero y deteniéndose ante la
puerta de Ernesto.) Aquí lo tenemos!

OS. Qué ordena vuestra magestad?

ER. Haced que se retiren esas señoras, y es-
perad.

Maria y Gertrudis á un gesto de Guillermo se retiran
un poco; del mismo lado imita Ernesto el movimiento, y
se encuentra con Maria.)

ER. (bajo á Maria y á Gertrudis.) No temais nada
por mí.

OS. Obedezcamos, hija mia.

A una segunda invitacion de Guillermo, Maria, Ger-
trudis y Gustavo entran en las habitaciones de la derecha.
Los oficiales de la comitiva del rey al fondo. El rey se
sienta cerca de la mesa. Ernesto permanece aparte, á la
derecha del rey.)

ESCENA XI.

ERNESTO, EL REY sentado. Todos los oficiales y los
pages en el fondo. Los guardias en el exterior.

ER. Señor!

OS. Conoceis esta letra? (se la presenta.)

ER. La reconozco, señor; es una carta escrita
en San Petersburgo al gran canciller, por
el embajador de vuestra magestad en la corte
de Rusia.

OS. La habeis leído?

ER. Estando enfermo el gran canciller, yo he
tenido el honor de ser el primero para abrirla y para en-
tregarla á vuestra magestad.

OS. Leedla de nuevo en alta voz.

ER. (leyendo.) «Mr. el gran canciller: una cons-
titucion se ha tramado en las tinieblas contra
el Czar Pedro III. Debe establecerse dentro de ocho
dias y nada puedo hacer para prevenirla. Os
suplico que el primer decreto de la emperatriz
Catalina II, será retirar el cuerpo auxiliar ru-
so que bajo las órdenes del general Crenicheff
auxilia nuestro ejército delante de Schwein-
nitz. Prevenid al rey para que la plaza sea es-
tablecida y tomada antes de la defeccion de
los rusos. Si el Austria supiese el socorro in-
esperado que va á recibir, el mariscal Daunn,
usaria ciertamente levantar el sitio y la
guerra de Schweidnitz no seria el resultado de
esta campaña.»

OS. Comprendeis, caballero, la importancia de
esta carta?

ER. Tanto, que hice enviar inmediatamente copia
de ella á vuestra magestad.

OS. Y qué hicisteis del original que teneis en
vuestras manos?

ER. Fue depositado por mi mismo en los archi-
vos reales confiados á mi guarda... y no pue-
do comprender ahora...

REY. Mentis!..

ER. Señor...

REY. (levantándose con impetu.) Mentis como un
villano! Conoceis al teniente Mulgrave?

ER. Es mi amigo, mi camarada de la niñez.

REY. Y vuestro cómplice.

ER. Mi cómplice!

REY. A él fue á quien enviasteis ese despacho,
que la emperatriz Maria Teresa debia sin du-
da pagaros á buen precio.

ER. Oh! señor!..

REY. Se ha encontrado esa carta al soldado que
encargasteis de tan abominable mision... Osa-
reis negarlo todavia?

ER. Señor! Soy el juguete de una infame ma-
quinacion .. pero por la memoria de mi pa-
dre muerto en vuestro servicio... por todo lo
que tengo de mas querido en el mundo... os
juro que soy inocente.

REY. Delante de vuestros jueces es donde debeis
disculparos. Llevais con vos las llaves de
vuestro escritorio?

ER. Aquí las tiene vuestra magestad.

REY. Monsieur de Mittau!.. (este se acerca.) To-
mad estas llaves, y en presencia de Mr. de
Fridberg examinad todos los papeles que en-
contreis en su despacho, apoderaos de toda
la correspondencia particular, y por estraña
que os parezca, que se una al proceso. Todos
los papeles los remitireis al general d' Osborn,
á quien he encargado la instruccion del su-
mario. (cruza la escena con agitacion.)

ER. Señor! Disputaré á mis jueces, no mi vida,
sino mi honor, noble herencia que me habia
trasmitido mi padre, proclamado por vos, co-
mo el hombre mas elevado de vuestro reino.
El golpe terrible que me acaba de herir, no es
el solo que he recibido; hay otro que vuestra
magestad apartará de mi corazon... señor...!
(Mr. de Mittau destaca cuatro guardias de la hi-
lera formada esteriormente. Están prontos á
marchar.)

REY. Mr. de Mittau os espera, y no tenemos na-
da que deciros.

ER. Vuestra magestad no rehusará el oirme.

REY. A vuestra vuelta, quizás. (á Mittau.) Salid.

ER. Oh! Maria! Maria! (sale entre los cuatro
guardias con Mr. de Mittau por el fondo izquier-
da. Mr. d' Osborn entra algunos segundos des-
pues por la derecha.)

ESCENA XII.

EL REY, despues EL CORONEL D' OSBORN, oficiales.

REY. El hijo de mi viejo Fridberg, desleal y trai-
dor..! Esta prueba no tiene réplica... no
tiene nada que responder. (á d' Osborn.) Y
bien, ese soldado...

OSB. (con papeles en la mano.) Va á ser conduci-
do, señor.

REY. He ordenado que se os entreguen todos los
papeles que se hallen en la casa de Mr. de
Fridberg. Espero vuestras informaciones pa-
ra proceder contra ese jóven, á quien queria
y á quien quisiera estimar aun. Examinadlo
todo antes de la hora fijada para la celebracion

de vuestro casamiento. (entra en las habitaciones de la izquierda seguido de sus oficiales, y precedido de sus pages.)

ESCENA XIII.

D' OSBORN, después BURL.

OSB. Mi casamiento! Última áncora de salvación! Puerta inesperada que se me ofrece cuando la tempestad mugia terrible y sordamente!.. Esperemos una hora todavía. Ah!.. Con qué lentitud marchan las horas!.. (cuatro soldados conducen á Ulrico Burl por la derecha.)

OFICIAL. (que manda la escolta.) Mi general, aquí está el desertor Ulrico Burl.

BURL. (en medio de los soldados.) Quien dice desertor, dice fusilado! Pero qué diablos! mas quiero que me llamen Burl el fusilado que Burl el soldado... (á un signo de Osborn, el oficial y los soldados se retiran por el fondo.)

OSB. Ulrico Burl?

BURL. (saludando.) Presente, mi general.

OSB. Acércate y responde. (se sienta en el canapé.)

BURL. (abanzando.) Me acerco y respondo, mi general.

OSB. Tú has desertado?

BURL. Si, mi general.

OSB. Por qué razon?

BURL. Por gusto, mi general.

OSB. En vano quieres engañarme. Eres el cómplice del teniente Mulgrave y del baron de Fridberg. A instigacion del uno ó del otro, y tal vez de los dos has abandonado tu bandera.

BURL. Dispensadme, mi general: quien ha causado mi desercion, no es ni mi teniente, que yo respeto, ni ese baron á quien no conozco: es un gran pícaro llamado Clakman el que me ha instigado.

OSB. Ese Clakmann será tambien del complot?

BURL. El solo es quien lo ha hecho todo.

OSB. (ojeando los papeles que tiene.) Pues ese nombre no figura en ninguno de los procesos verbales. Dónde y cómo has conocido á ese hombre?

BURL. Dónde? en la cantina; cómo? Bebiendo vino del Rhin. Oh! pícaro vino! Imaginaos, mi general, que el soberbio licor, era como si digéramos la llama de un volcan que abrasa la garganta y que atonta la cabeza. A la segunda botella veia poco, oia menos y no comprendia nada: entonces mi angel malo trajo papel: y crei que era para hacerse el interesante, porque hasta entonces no habiamos comido nada.. ¡Judas!.. Arañó cuatro palabras, y me hizo firmar. Yo puse una cruz, que es todo lo que sé de escritura y clavé las narices sobre la mesa. Cuando me desperté estaba debajo.

OSB. Y quién era ese hombre?

BURL. Un reclutador, mi general. Me anunciando que era soldado del rey... No lo podia creer... pero me hizo meter la cosa en la cabeza y la ropa en el cuerpo... Ya no habia que dudar... De frente!.. marchen!.. Soldado raso! Encolerizado quise vengarme, salto sobre el villano y me pongo á estrangularlo, cuando desgraciadamente me impiden continuar... No hacia mas que un mes que estaba en el regimiento y no tenia mas que una idea fija,

desertarme despues de estrangular á Clakmann. Aprovechando la ocasion salgo del campamento y ya estaba á dos tiros de fusil, cuando me arresta un gendarme. Para correr mejor, habia yo dejado las armas y no habia medio de resistir. Asi que llegué al cuerpo, me al que me habia puesto en el cepo, y era Clakmann que se habia hecho gendarme. La vez, como tenia las manos atadas no pude que morderle; pero le hubiera devorado si se me hubiese escapado. Ya veis, mi general que este Clakman era mi perdicion en variedad de trages.

OSB. Abrevia tu relato.

BURL. Hace tres que el teniente Mulgrave que conocia mi opinion acerca del estado militar, porque yo no la ocultaba nunca, me llamó y me dijo: «Voy á darte una licencia para ir á Lubben, villa fronteriza; en llegando no tienes mas que dar un paso para salir Prusia; así libro al rey de un mal soldado tú, en reconocimiento de la libertad que doy, no rehusarás hacerme un servicio. Qué habia de decir que no..? Iba á tener la idea de desertarme tranquilamente con las manos en el pecho.

OSB. Y qué servicio te pidió el teniente?

BURL. Me dió un pliego cerrado. Asi que llegué á Lubben, fue preciso por la noche misma pasar al otro lado de la frontera; y en una senda que habia sido designada, encontré un hombre que me dijo «Maria Teresa y Mulgrave.» A él le di el papel y él en cambio me entregó cincuenta florines por el porte y toda el equipaje para pasearme.

OSB. Y despues...

BURL. No habian pasado cinco minutos cuando un puño que creo reconocer, me agarra y me lleva... Miro... y era mi Clakmann que desde que me se habia hecho aduanero. Esta vez me convenció con él. Un rio estaba á dos pasos y cargo con mi buen hombre... le zambullé de cabeza en el agua, y bebia ya como un esponja, cuando llegaron sus camaradas. Me arrestado, registrado, garrotado y encerrado siempre por mi protector. Si ahora debo ahorcado estoy seguro de que él es el que me sacó de la cuerda.

OSB. Cuando el teniente Mulgrave te dió ese papel, sabias tú lo que contenia?

BURL. No, mi general.

OSB. Y no procuraste saberlo?

BURL. Todo lo que está escrito, es sagrado para mí... me estorba lo negro para leer.

OSB. No has visto nunca con el teniente a Fridberg?

BURL. En la vida le he oido nombrar.

OSB. No pronunció nunca Mulgrave ese nombre?

BURL. Jamás. Mi teniente no me habló nada de una persona, de un amigo que no me acordaba y en favor del cual me encargó de una última comision. Vedlo aqui todo en dos palabras. Cuando se nos confrontó y encerrados, me dijo mi teniente: «Pobre Ulrico, declaracion he hecho por tí cuanto he podido en cuanto á mi tengo un medio de evitarte la suerte que me espera; pero antes de que me desoy quiero justificar á un antiguo camarada, del cual he vendido indignamente la

fianza y cuya cabeza inocente podría pagar mi delito. Voy á darte una carta que contendrá la relacion exacta de los hechos, y que pondrá á mi amigo á cubierto de todo daño: hoy por la mañana serás interrogado sin duda y entregarás mi carta al oficial ante quien seas conducido.» Sobre la marcha se puso á escribir, y como la carta era larga, me dormí como un lirón. Soñaba que estaba abrasando á Clakmann en un fogón bien preparado, cuando un ruido espantoso me despierta; el teniente había concluido su carta y acababa de saltarse la tapa de los sesos.

B. Y esa carta?

A. (entregándola.) Presente, mi general.

B. No tienes mas que decir?

A. Nada mas, mi general, sino que si me fusilan, espero allá arriba á mi Clakmann para hacerle igual operacion, si se conoce en el otro mundo la carga en once voces. (á una señal Osborn el oficial y los cuatro soldados se llevan á Ultrico.)

ESCENA XIV.

D'OSBORN solo.

Esta carta va á facilitar la llave de todo este misterio, y á justificar, sin duda, al jóven Ernesto. (leyendo.) Si... exactamente. Mulgrave bób el despacho sin conocimiento del secretario de la cancilleria, el dia mismo en que vea de dejar copia de él á Su Magestad. Mulgrave en cambio de esta traicion debia recibir un grado y un titulo en la corte de Viena. El apoyo de esta declaracion invoca el testimonio del general bávaro Wolf de Roderer. De Fridberg es inocente. Si ningun otro cargo se presenta contra este jóven, esta carta bastará para justificarlo y poner fin al proceso, segun los deseos del rey.

ESCENA XV.

D'OSBORN, MR. DE MITTAU.

(entrando por el fondo izquierda.) Mi general, nada he encontrado en la casa de Mr. de Fridberg, que pueda tener relacion con el proceso. En un cajon secreto que Mr. Ernesto usaba abrir, habia un paquete de cartas particulares, y aunque me suplicó que no me enterase de unos papeles, que decia son esenciales á la política, le respondí que las órdenes del rey eran terminantes. (le entrega las cartas, y entra en la cámara del rey.)

ESCENA XVI.

D'OSBORN, sentándose á la mesa.

Después de estender el extracto que espera su Magestad, examinemos esta correspondencia que tanto rehusó entregar Fridberg... Correspondencia amorosa sin duda... Esto es... Un relato de muger... Qué veo!.. no me engaño... Estas facciones son las de la señorita de Rittersdorf! (leyendo.) «Estas cartas prueban que la señorita de Rittersdorf no puede ser de otro mas que de aquel que fue su amante.» Su amante! (levantando.) Oh! el rey lo ignora todo... Nunca hubiera echado al rostro tan sangrienta

injuriam!.. Este casamiento seria una afrenta!.. Corramos!.. Qué voy á hacer?.. No es este casamiento mi último recurso?... Si es públicamente roto... mis acreedores, que esperan la dote de mi prometida, esos hombres sin piedad, desesperados al ver que se les escapa esta ocasion, ejecutarán la amenaza que me han hecho. Por ellos sabrá el rey que el juego, las mas asquerosas disipaciones han devorado la herencia de mi padre: sabrá que en un momento de delirio he vendido mi honor por un poco de oro!.. Esos billetes malditos que á precio de mi sangre quisiera rescatar ahora mismo; esos billetes serán puestos hoy bajo los ojos de Federico, y despues... Oh!... mas quiero esta nueva infamia!.. Yo no he visto este retrato!.. Esta correspondencia no existe!.. (coge las cartas y las arroja al fuego de la chimenea.) No ha existido jamás para mi!.. A mis ojos la señorita de Rittersdorf es inocente y pura... y yo encierro en mi alma toda la afrenta de este casamiento!.. Pero qué digo?... Este casamiento... el rey mismo va á romperlo... A Mr. de Fridberg inocente no podrá rehusar la mano de aquella á quien él ama... y en esta nota voy yo mismo á declarar... Si esta carta del teniente Mulgrave no hubiese venido, todo acusaria á Mr. de Fridberg. (despues de un largo silencio.) Valor! es preciso!.. (se sienta y escribe.) «Señor, despues de haber examinada todos los papeles hallados en la casa de Fridberg, nada hemos encontrado, si bien dá mucho crédito la prueba terminante que lo condena; pero no habiendo descubierto nada, debe atenuarse la pena.» (continúa escribiendo, mientras que Maria entra conducida por Gertrudis: ellas vienen de las habitaciones de la derecha.)

ESCENA XVII.

D'OSBORN escribiendo, MARIA, GERTRUDIS.

GER. (bajo.) Ved ahí á Mr. d'Osborn... es oficial, y debe ser hombre de honor...

MAR. Oh! Dios mio!.. Tendré yo fuerzas suficientes?

GER. Dios os las dará, hija mia!.. Allí estoy yo!.. No olvidéis que no os restan mas que unos minutos. (entra.)

MAR. Ah! No tengo mas esperanza que la lealtad de este hombre.

OSB. (viendo á Maria.) Señorita de Rittersdorf!

MAR. (sosteniéndose apenas.) Si, caballero, vengo... queria... (vacila.)

OSB. (yendo hacia ella.) Palideceis, señorita!..

MAR. Voy á morir!.. (cae en el canapé.)

OSB. (corriendo á llamar.) Voy á pedir socorro!..

MAR. (levantándose con un gran esfuerzo.) Por piedad, caballero, no llameis!.. es preciso que yo os hable... á vos... á vos solo...

OSB. Estoy á vuestras órdenes, pero descansad... (quiere conducirla al canapé, pero Maria se deja caer de rodillas.)

MAR. No... de rodillas es como debo hablaros.

OSB. De rodillas!.. delante del hombre que dentro de algunos minutos debe llamarse vuestro esposo!

MAR. Mi esposo!.. Oh! No habeis visto la mancha que cubre mi frente? No habeis com-

prendido que entre vos y yo, caballero, hay una barrera insuperable... un delito que no se olvida?

OSB. Qué es lo que estais diciendo?

MAR. Esta confesion debia yo hacerla al rey, pero esta mañana, delante de todo el mundo, las fuerzas me faltaron! Si Dios me hubiese dado un hermano, este hermano, teniendo piedad de mi, hubiera ido á demandar á Federico gracia para su hermana culpable, gracia tambien para el hombre á quien ella no puede acusar; porque ella le ama...! Este hermano hubiera sido para mi un angel bueno, un salvador... (*cayendo de rodillas.*) Sed este hermano, caballero, y salvadme!

OSB. Levantaos, señorita; contened, si es posible, vuestras lágrimas y prestadme toda vuestra atencion... (*á media voz.*) La confesion incompleta que acabais de hacerme, era inutil... lo sabia todo!

MAR. Vos sabiais?..

OSB. Los derechos que tiene sobre vos Mr. de Fridberg...

MAR. Sabiais esto y consentiais...

OSB. Consentia en un deshonor oculto para sustraerme á una afrenta pública... consentia, porque si hoy no me llamo vuestro esposo... mañana me llamaré el mas vil de todos los hombres. Rango, crédito, consideracion... todo me faltaria.

MAR. Pero, caballero...

OSB. No sigais... con anticipacion me tengo dicho cuanto vos podiais decirme... pero... (*mas bajo todavia.*) qué es, despues de todo, este casamiento? Un azar dichoso que pone al abrigo nuestro mútuo honor... Este casamiento no es en realidad para nosotros mas que una formalidad... Somos y permaneceremos estraños el uno para el otro. Lo pasado nos separa eternamente para lo porvenir. Un hermano os habria salvado, deciais hace poco; pues bien, con el titulo de esposo, no es mas que un hermano el que hallareis en mi.

MAR. Olvidais que existe un hombre al que he jurado pertenecer, un hombre al que estoy unida delante de Dios.

OSB. Ese hombre es acusado, culpable... condenado tal vez...

MAR. Eso es imposible.

OSB. En fin, ese hombre morirá si yo lo quiero... y lo querré si resistis las órdenes del rey.

MAR. Oh! me habeis dicho que Ernesto moriria?

OSB. Si; os lo he dicho... y aseguro que vos sola podeis arrancarlo de la muerte.

MAR. Yo!

OSB. Sabeis de que crimen se le acusa? Leed esta carta del teniente Mulgrave.

MAR. (*despues de leer.*) Bien decia yo que era inocente!.. Esta es la prueba!

OSB. (*tomando la carta.*) Pero esta prueba es la sola que puede invocar... esta prueba está entre mis manos... y... (*se acerca á la chimenea.*) Me bastan un gesto y un segundo para que esta prueba desaparezca.

MAR. Sabeis que Ernesto es inocente y le dejareis condenar?

OSB. Consentid y envío esta carta al rey; rehusad, y la remito á las llamas... y sois vos... la que habrá perdido á Mr. de Fridberg.

MAR. Pero eso que me proponéis es horrible, infame!

OSB. Quereis que Ernesto viva? Quereis que muera?..

MAR. (*vivamente.*) Oh! salvadle, caballero, salvadle!.. Pero esa prueba!..

OSB. (*dándole la carta.*) Tomadla, condesa de Osborn... Vos misma la llevareis al rey...

MAR. (*enmudece un momento y mirando el papel con espanto dice.*) Yo misma... al rey?..

OSB. (*Rehusa?.. Estaba seguro de ello!*)

MAR. Esto es un sueño, Dios mio!.. Ir yo misma á implorar la gracia de Ernesto!.. Si el rey adivinase...

OSB. (*fingiendo terror.*) Ah!.. Teneis razon, señora... por vuestro honor... por el mio... nadie debe comprender este secreto. (*toma la carta y la oculta furtivamente en el cinturon: despues se acerca á la mesa y toma un pliego bajo el cual cierra su nota. Mr. de Mittau, sale del cuarto del rey.*)

ESCENA XVIII.

Dichos, MR. DE MITTAU.

MIT. (*á D' Osborn.*) No se espera mas que á los futuros esposos. Su Magestad me ha reservado el honor de conducir al altar á la prometida.

OSB. (*acercándose con el pliego en la mano*) Mr. de Mittau, dentro de algunos instantes habré yo recibido los juramentos de la señorita de Rittersdorf, y vos lo ireis á anunciar al rey. Al mismo tiempo entregareis á su Magestad este pliego importante, que decide de la suerte de Mr. Ernesto de Fridberg.

MIT. (*tomando el papel.*) Cumpliré con vuestros órdenes. Señorita...

(*indica á Maria que los oficiales, las damas y pages acaban de llegar. Mientras Maria sale del brazo de Mr. Mittau, dice D' Osborn en primer término.*)

MAR. (*al salir, con la mayor afliccion.*) Salvo la vida de Ernesto, pero y mi pobre hija?..

OSB. Desgraciada! El caballero que te conduce lleva el encierro perpétuo de mi rival, y única prueba de su inocencia desaparece esa llama! (*echa al fuego el papel que habia guardado en el cinturon.*) Ahora desafío á la suerte!.. (*sigue á la comitiva con el mayor júbilo*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

LA FUGA.

Un jardin, — A la izquierda un pequeño edificio al cual se sube por dos gradas que salen á la escena en el piso bajo de este edificio una persiana que dá frente al público: debajo de esta ventana un banco de piedra; la puerta de este edificio está al costado. A la derecha en segundo término un pabellon pequeño con verja y balcon; al mismo lado y en primer término un banco de madera. En el fondo, el parque.

ESCENA PRIMERA.

FRITZ, JARDINEROS.

Fritz. (á los jardineros.) No hagais nada en ese lado del parque: charlariais y cantariais, y eso sería bárbara al señorito Teodoro de Ricca, nuestro amo, que está trabajando desde temprano en el pabellon que le sirve de gabinete de estudio. Pero mejor será que os vayais!... Largo, largo de aquí!... (los jardineros salen por la derecha de puntillas.) Esto es lo que se llama un joven estudioso! Y la señora me decía ayer: «mi hijo no trabaja... tiene alguna idea que le preocupa...» Lo que yo le contesté: respondo del señorito Teodoro; y cuando yo respondo de una persona!... Ja! ja!... El que me la pegue á mi... Juraría que en este momento está clavado sobre sus librós, y rodeado de sus cartas geográficas... Voy á charlar con él para distraerle un poco. (yendo á la puerta del pabellon.) Digo!... Ha quitado la llave para que nadie le moleste... No hay remedio, va á hacerse daño con tanto trabajar! En este momento, Teodoro viene del fondo derecha á ver á Fritz, que está á la puerta del pabellon, se acerca á la ventana del pequeño edificio y deja un ramo de flores sobre el banco que hay debajo.)

ESCENA II.

TEODORO, FRITZ.

Fritz. Lo que yo digo!... El que me la pegue á mi!... Yo quisiera que la señora lo viese ahora como yo lo estoy viendo... (se vuelve y vé á Teodoro colocando el ramo de flores.) Como! Que me dices esto?... Fritz!
Teodoro. El señorito Teodoro!... Y yo que le creía dentro!...
Fritz. Te aseguro, Fritz, que no he tomado mas tiempo que el preciso para ir al parque y cogerte esas flores... las primeras que hallé á tu lado.
Teodoro. (mirando el ramo.) Demonio!... Pues tenéis una mano muy afortunada! Cojer rosas blancas aquí y en esta época?...
Fritz. Voy á decirte la verdad, Fritz. La rosa blanca es la flor favorita de Estela, y como en esta época no hay rosas blancas en el parque, he tenido necesidad de ir á Dermann para encontrarlas.
Teodoro. Andar dos leguas por semejante locura!... ¿Tus matemáticas?
Fritz. Te prometí reparar el tiempo perdido. Hoy he cumplido á Estela, acompañarla á la alquería de Aupach á donde debe ir con Madama Muller.
Teodoro. Ya dimos con el ítem! Tiene razon la señora condesa: no abrigais mas que una idea y esa idea es la señorita Estela. Si teneis tanta necesidad de hacer ejercicio, os ofrezco mi compañía para ir á ver entrar las últimas albahacas.
Fritz. Gracias!
Teodoro. Preferis el pabellon y trabajar?
Fritz. Sí, francamente... me gusta mas el pabellon. (Yo se lo diré dentro de cinco minutos.) (dándole la llave.) Abreme la puerta.
Teodoro. Al momento, señorito Teodoro, al momen-

to! (va á salir.)
Teodoro. (que ha ido á abrir la puerta del pequeño edificio.) Estela y su madre se disponen á partir, y me reuniré con ellas en la mitad del camino.
Fritz. (que ha abierto.) Cuando gustéis, señorito Teodoro.
Teodoro. Me siento inspirado!... No me vengas á interrumpir en cinco horas, entiendes?... (entra riendo.) Pobre Fritz!
Fritz. (al mismo.) Si, rie, rie!... Ya veremos quien rie el último! (cierra la puerta con doble vuelta.) Encierro al pájaro en su jaula y no saldrá, como ha dicho, antes de cinco horas.

ESCENA III.

MADAMA MULLER, ESTELA, FRITZ.

Muller. No, querida Estela, no te llevaré mas á la alquería.
Estela. Pero, madre, porque me niegas hoy lo que me concediste ayer?
Muller. Porque no está puesto en razon que una señorita como tu pase los dias sin hacer nada.
Fritz. (que ha cerrado el pabellon y descende á la escena.) Bien dicho, señora Muller; eso es lo que se llama hablar con cabeza!
Estela. Porque te mezclas en lo que no te importa?
Fritz. Porque yo sé como se trata á los niños. Ved al señorito Teodoro, mi educando, que hago de él lo que me dá la gana y...
Estela. No hay duda!
Fritz. Y en prueba de ello, hace un momento que queria tambien pasear por el campo... ir á jugar á la alquería...
Estela. Y qué?
Fritz. Una palabra ha bastado; y ahora trabaja como un desesperado en sus matemáticas.
Muller. Lo ves, lo ves, Estela? (Teodoro aparece en la ventana.)
Estela. (fijando sus ojos en Teodoro.) Si, mamá, si... lo estoy viendo. (Teodoro y Estela se hacen señas.)
Fritz. Es verdad que el que me la pegue á mi!... (ap. á Madama Muller enseñándole la llave.) Tengo poderosas razones para asegurar que no saldrá de donde está.
Estela. Pues bien, mamá, como no quiero que Fritz diga que soy menos razonable que Teodoro, permaneceré aquí y vos sola ireis á la alquería.
Fritz. A buena hora.
Muller. Muy bien, hija mia, de ese modo te ofrezco volver mas pronto.
Estela. Y yo, mamá, no me apartaré de aquí.
Muller. Abrazame. No me conservas rencor ninguno?
Estela. Al contrario, mamá, te amo mas que nunca.
Fritz. (á Madama Muller saliendo.) Ya veis, mamá Muller; con la destreza se hace de los niños todo lo que se quiere... El que me la pegue á mi!... (salen por la derecha.)

ESCENA IV.

Estela, Teodoro á la ventana. ESTELA le hace señas de que se oculte hasta que desaparezcan.
Teodoro. (á la ventana.) Ya han desaparecido.
Estela. Asi es como estudiais matemáticas, caballero?
Teodoro. Es preciso prometer algo para deshacer-

me de ese maldito viejo. Voy á bajar, y concluiremos de leer la linda novela que ayer comenzamos. (*desaparece.*)

EST. Muy bien pensado. (*yendo á buscar un libro que ha dejado en el banco de piedra en un costurero, y sentándose.*) Estábamos en la página 109. (*Ojea el libro. Se oye á Teodoro forcejeando en la puerta del pabellon.*)

TEO. Maldita puerta!

EST. (*levantándose.*) No vienes?

TEO. Oh! esto es una infamia!

EST. Qué haces?

TEO. Ese viejo traidor de Fritz ha echado las dos vueltas á la llave! .

EST. Pobre Teodoro! De qué me ha servido el no salir con mamá!

TEO. (*apareciendo en la ventana.*) Encerrado como un niño!.. Yo, Teodoro de Ricca, que voy á ser subteniente; encerrado aquí cuando tu estás ahí... Oh!

EST. Eso es afrentoso!.. Tenerte á tu edad bajo llave... (*riendo.*) Ja! ja! ja!

TEO. Te estas riendo?

EST. Que disparate!.. Me desespero como tú!... (*con estrépito.*) Ja! ja! ja!

TEO. Otra vez!

EST. Es que haces una figura tan ridícula desde esa ventana! Ja! ja! ja!

TEO. Estela!

EST. No te incomodes: voy á sentarme allí y á leer en nuestra novela.

TEO. Sin mi?

EST. (*yendo á sentarse.*) Y que le hemos de hacer?

TEO. Pero por qué estoy encerrado?

EST. Yo en tu lugar ya habria bajado.

TEO. De qué modo?

EST. No sé de que modo, pero por nada en el mundo estaria yo ahí encaramada como un loro en su jaula.

TEO. Pues una vez que me lo dices en ese tono... allá voy!..

EST. Qué vas á hacer?

TEO. Vive Dios! á saltar.

EST. Va á matarse... Teodoro!.. escóndete pronto... oigo á Fritz.

TEO. Oh! me la va á pagar el pícaro viejo.

EST. Entra pronto. (*Teodoro entra, Fritz atraviésala la escena con precipitación*) A donde vais tan de prisa, señor Fritz?

FRTZ. Voy por mi escalera para cortar los árboles altos antes que vengan las escarchas. (*desaparece.*)

EST. (Una escalera!.. Si yo pudiese... (*á Teodoro que ha vuelto á asomarse.*) Déjame y no me pierdas de vista. (*entra Fritz trayendo una escalera muy larga.*)

ESCENA V.

ESTELA, FRITZ, TEODORO en la ventana.

FRTZ. Quereis venir conmigo, señorita?

EST. Con mucho gusto, pero no quiero nunca desobedecer á mi madre. Si fueseis complaciente... me acompañaríais aquí un poco.

FRTZ. No puedo... Mis muchachos me esperan allá abajo.

EST. (*apoyándose en su hombro.*) Pasaríais bien el tiempo dándome noticias de Luciano, vuestro hijo; continua tan travieso? Desea todavía

echar mucho cuerpo? El pobre niño estaba en su ultimo viage tan desconsolado porque era mas bajo que yo...

FRTZ. Como, mas bajo?

EST. Si, mas bajo! Nos medimos en ese muro (*indica el pabellon.*) Mirad, ahí está la marca que Teodoro ha hecho.

FRTZ. En dónde?

EST. (*registrando en el muro hasta ponerse debajo de la ventana.*) La veis?

FRTZ. (*acercándose*) Vaya! El señorito Teodoro ha hecho trampa en vuestro favor. Si yo me diese estoy seguro de que Luciano llevaría ventaja, y mucha.

EST. Me parece que no.

FRTZ. Caramba! Vamos á verlo. (*apoya la escalera en el balcon.*)

EST. Al momento!.. No deseo otra cosa. (*Teodoro que se ha asomado nuevamente, vé la escalera y se dispone á bajar. Estela, para entrar á Fritz, se mueve y se alza sobre las puntas de los pies.*)

FRTZ. Si, pero no hablemos tan alto; el señor podría oírnos y esto le distraeria. No os movais.

EST. (*mirando en el aire.*) Inmóvil!

FRTZ. Habeis movido la cabeza.

EST. Mirad bien la marca.

FRTZ. No la veo.

EST. Allá!.. Sobre mi cabeza... No digais de lo que os la he pegado.

FRTZ. Si, si... el que me la pegue á mi!.. Lo mejor será que yo marque con mi popadera... (*mientras que Estela llama la atención de Fritz y este dice «el que me la peguz á mi!» baja Teodoro, Fritz marca en el muro con su popadera.*)

EST. (*alzando la voz.*) Está ya?FRTZ. (*marcando.*) Ya está.

TEO. (*saltando en tierra.*) Ya está. (*se oculta debajo del pabellon.*)

FRTZ. (*volviéndose.*) Eh?..

EST. (*vivamente y dejando el puesto.*) Ah! escucha! vergonzoso!

FRTZ. El qué?

EST. Yo soy mas alta que eso.

FRTZ. La ventaja es de Luciano... estaba seguro de ello... Confieso que es preciso mirar mucho, pero tengo una vista de lince y lo que me escape á mi!..

TEO. (*sacando la cabeza*) Vervi gratia!

EST. (*disponiéndose á sentarse y á tomar su libro.*) A Dios, señor Fritz.

FRTZ. Pues no quereis que charlemos un poco?

EST. Vuestros hijos os esperan...

FRTZ. (*tomando su escalera.*) Se ha picado!.. Sin rencor, señorita! Me voy antes que venga la señora! Sin rencor, señorita!.. Quería dar un gato por liebre con la marquita!.. El que me pegue á mi!... (*sale con la escalera por la derecha, detrás del edificio. Teodoro sale de su condite.*)

ESCENA VI.

ESTELA, TEODORO.

EST. (*en el fondo.*) Victoria! victoria!.. he triunfado!

TEO. Señorita, ya veo que sois muy resuelta.

EST. Y no sabes tú, Teodoro, por qué causas se

os prohíbe el estar juntos?
Porque dicen que nos amamos, y en ello
enen razon.

De veras?

Si.
Y es eso, caballero, lo que aprende usted
el colegio?

Conque te pesa mi cariño?

Al contrario: sin ir yo al colegio, siento en
el alma lo mismo que sientes tú... y en medio
de todos mis goces, una sola cosa me inco-
moda...

Cuál?

El no haber nacido hombre para hacer mi
esto siempre. Pero no perdamos tiempo, que
debe volver mi madre. Continuemos la lec-
tura que nos interrumpió ayer Fritz.

Con mucho gusto. *(se sienta.)*

(tomando el libro. Lee) Página 109... Esta
«Esta carta tan deseada llegó al fin. Por
que supo Ursula que su padre, herido grave-
mente, estaba moribundo en el hospital mili-
tar. Ursula se echó á llorar... despues soñó que
Ricicio iba á sucumbir, falto de recursos, y
que en su abandono llamaba á su hija. Ursula
resolvió ir á Inspruk; pero, ¿cómo emprender
un viage tan largo, sola, sin guía y sin apoyo?
Dios le inspira!.. Ve en el muro de la cabaña
el uniforme de su hermano de leche, jóven
herido, muerto en el campo de batalla. Deja
sus vestidos de muger y se pone el uniforme.
Se encomienda á su santa patrona y parte!
(hablando.) Muy bien hecho! *(continuando)* «El
invierno era rigoroso aquel año y la miseria
grande, la pobre viajera tenia que andar dos-
cientas leguas.» *(hablando.)* Doscientas le-
guas!! *(lee.)* «El poco dinero que llevaba; le fue
agotado en una posada, siéndola preciso im-
pedir la caridad pública. Cien veces estuvo
a punto de sucumbir, hasta que por último ca-
yó una noche en el camino muerta de hambre
y de frío. . y esta era la noche en que estaba á
las puertas de Inspruk.» *(hablando.)* Ya ves,
Ricicio, Dios fue quien la sostuvo hasta allí.
(acercándose.) Eso es muy interesante, con-
tínua. *(mientras la lectura de estas últimas líneas
Madama Muller ha entrado por la derecha, Fritz
por la izquierda.)*

ESCENA VII.

MMA. RICCA, FRITZ, ESTELA, TEODORO, MADAMA
MULLER.

*(viniendo de la izquierda y conduciendo al
pabellon á Madama de Ricca.)* Venid, señora,
aquí está la llave... entremos con mu-
cho cuidado en el pabellon y vereis al pájaro
que me la pegue á mí!..

*(viniendo de la derecha y dirigiéndose hacia el
pequeño edificio.)* No puedo mas. . mi Estela no
puede estar sola mas tiempo. *(viendo á Estela y
Teodoro.)* Estela y Teodoro!

Juntos!
Siempre juntos!

(avanzándose.) La Condesa!
¿Qué mamá!

¿Pero por dónde ha salido? La puerta está
cerrada y la llave en mi bolsillo!..
¿Estela, cómo has podido?..

Est. Yo te aseguro, mamá, que si estamos jun-
tos, no es por culpa nuestra. Fritz habia en-
cerrado á Teodoro y yo le queria acompañar.
Si yo he permanecido aqui es porque tú has
querido, y si Teodoro ha salido de su encier-
ro, es porque Fritz lo ha querido tambien.

FRITZ Yo!

Est. Sin duda. Para bajar de ese balcon necesi-
taba Teodoro una escalera, y vos sois quien la
ha traído y la ha puesto ahí.

FRITZ. Y es verdad! Qué infamia! Señora conde-
sa, siempre os he aconsejado la indulgencia,
pero conozco ahora que me he engañado; re-
nuncio á guardar al señor Teodoro, y os reco-
miendo que lo enviéis mañana, esta noche
misma, á la escuela militar de Berlin.

TEO. Y yo declaro á la señora condesa, con el
respeto debido, que no quiero ir á ninguna es-
cuela, y que toda mi ambicion es casarme con
Estela.

Todos. Su marido!

RIC. Teodoro, si vuestro padre estuviese aqui os
haria entrar ahora mismo en un carruaje y
os enviaria á Berlin. Yo seré mas indul-
gente.

FRITZ. Si.. no partireis hasta mañana.

RIC. Volved al castillo, sin réplica alguna.

TEO Señora, os obedezco, porque sois mi ma-
dre! *(ap)* Esta noche misma me fugo, y me
presento á las tropas del gran Federico para
volver digno de la mano de Estela.

RIC. Vos, señora Muller, haced que se vaya esa
niña, porque tengo que hablaros con pre-
cision. *(Teodoro sube la escena, y Estela le di-
ce ap.)*

Est. Tranquilízate.

FRITZ. Señor Teodoro, os espero; y sabed que
no me burlareis, porque... el que me la pegue
á mí!..

TEO. *(alejándose con Fritz.)* Vas á encerrarme?
Ya sabes que yo nunca te la pego!..

FRITZ. Silencio! Quién dirá que se ha criado este
jóven con la leche de mi muger... Vamos, se-
ñorito... Marchad delante y seguidme!

TEO. Fritz? El que me la pegue á mí!.. Ja! ja! ja!
Ya veras!.. *(salen por la izquierda. Estela entra
en el pequeño edificio.)*

ESCENA VIII.

MMA. MULLER, MMA. RICCA.

RIC. En nada voy á responderos. Yo esperaba
este amor infantil que las dos hemos dejado
crecer imprudentemente, pero que se estin-
guirá casándose Estela con el hijo de Fritz, con
el joven Luciano.

MUL. Ese casamiento es imposible.

RIC. Por qué razon?

MUL. Porque Estela no es hija mia.

RIC. Que no es vuestra hija?

MUL. Voy á revelaros un secreto que hasta ahora
he ocultado. Hace quince años que me dispo-
nia á reunirme con mi esposo, á quien traje á
este sitio el vuestro, cuando supe que mi her-
mana mayor Gertrudis, estaba á las puertas de
la muerte en Rittersdorf y que deseaba verme.
Corro á la aldea y ya habia espirado. Me
entregaron una carta suya escrita momentos
antes de morir, y cuyo contenido es el siguien-

te: *(saca un papel y lee.)* «Hermana mia: no puedo concluir la santa empresa que me fué recomendada: sé la madre adoptiva de una niña que encontrarás en la villa de Offembach, donde Estela ha sido secretamente educada. Con esta carta te será entregada esta niña que es la hija de Mr. Ernesto de Fridber, cuyo personage ha sido condenado á prision perpetua. No reveles nada si la inocencia de este jóven no es nunca proclamada.»

Ric. Qué crueldad!

Mul. Recogí la niña, y enterado de todo mi marido, la hicimos pasar por hija nuestra.

Ric. Y sabéis si existe ese desgraciado?

Mul. Sí señora; en su último viage á la Siberia, supo Muller que permanecía encerrado en los calabozos de la fortaleza del monte de los Gigantes.

Ric. La confianza que acabais de hacerme, aumenta mi cariño por vos y por Estela. Voy á abreviar las disposiciones para la marcha de Teodoro, y desde hoy contad mas que nunca con todo mi apoyo é influencia para llevar á término la santa empresa que os habeis propuesto. *(sale, y Mma. Muller la acompaña; despues se dirige hácia el edificio.)*

ESCENA IX.

ESTELA, MMA. MULLER.

Mul. *(sentándose pensativa en el banco de madera, colocado á la derecha.)* He debido hacer esta conferion á la señora condesa, porque es noble y generosa, y podrá ayudarme á hacer la felicidad de Estela.

Est. *(que ha salido lentamente y se ha acercado á la señora Muller sin ser vista.)* Conque Estela no es vuestra hija? Con que no sois mi madre?

Mul. *(volviéndose.)* Qué es lo que dices?

Est. *(indicando la persiana.)* Estaba alli y lo he oido todo.

Mul. Pero Estela, hija mia...

Est. *(procurando ocultar su emocion.)* Me habeis engañado, señora.

Mul. Yo, cuyos deseos, cuyo amor... Ah! Estela!

Est. *(cayendo de rodillas con los mayores sollozos.)* Oh! perdon!.. perdon!.. No soy ingrata... Si, vos sois el sol de bondad... Si; habeis comprendido muy bien los deseos de la pobre huérfana!.. Si no me habeis dado la vida, me la habeis conservado. Pero mientras mi padre sufriendo mil tormentos!.. Vivía en tu seno y gozaba cuando mi padre vertia lágrimas amargas y moría tal vez de hambre y de frío! Ah! Por qué haberme ocultado este secreto? Por qué no haberme dicho: «Estela, pide por el pobre prisionero?» La súplica de un niño sube hasta el trono de Dios, y Dios hubiera tenido piedad de mi padre!

Mul. Diciéndote la verdad te hubiera afligido inútilmente. Si Mr. de Fridberg hubiese dejado un hijo, á este hijo cuando hubiese sido hombre, le habria yo dicho: «Tu padre está prisionero, tu padre es inocente. Trabaja por su libertad y que el cielo te ayude.» Pero tú, pobre niña, qué puedes hacer por él?

Est. Yo podia correr á su prision, suplicar á sus carceleros... dar mi vida por la de mi padre! Yo podia ir á Berlin, echarme á los pies del

rey, demandar, obtener la rehabilitacion inocente; y si el rey fuese implacable, si biera dicho de mi padre: «Que sufra y muera!» Yo podria sufrir y morir con él!

Mul. Estela... hija mia... tu exaltacion me panta! Alguien viene..! Es Fritz!

ESCENA X.

Los mismos, FRITZ, que viene de la izquierda un lio de ropa.

Fritz. Me alegro!.. Al romper el alba nos podemos en camino... Y vos, señorita Estela, ñana mismo ireis al convento.

Est. Al convento!

Mul. Separarme de ti!

Fritz. La señora condesa paga la dote, y de de dos años monja á carta cabal! Magn empleo! Así pudiera yo...

Est. *(ap.)* Prisionera como él!... No... In sible!

Fritz. Venia á pedir os un favor, señora Mu quisiera que me arreglaseis esta ropa e maleta para llevársela de camino á Luci es un tragecillo que le llevo de deshe mios...

Est. *(ap. como inspirada.)* Qué idea! Si... V. *(alto.)* Yo misma os haré ese favor y asi n drá verme nuevamente Teodoro.

Fritz. Con mucho gusto, señorita Estela. *(el saco de ropa.)*

Mul. Despues iré á ayudarte.

Est. *(ap.)* Abandonarla!.. Dios mio! Dios m *(con un gran esfuerzo y con los mas ahogad llozos.)* Abrazadme, madre mia!.. Ah!

Mul. Porqué te afliges, hija mia? Yo hablare señora condesa...

Est. A Dios! á Dios!... *(ap.)* Nunca mas la veré á ver... *(entra en el pabellon con de ropa.)*

ESCENA XI.

MMA. MULLER, FRITZ.

Mul. Y á qué convento quieren llevar á Es

Fritz. Al de la abadia de Volverg...

Mul. Y lo sabe Teodoro?

Fritz. Creo que no, pero queda allá bajo un energúmeno y jurando á todos los dios. Estos muchachos se han empeñado en tra narnos y... Calla! Se me olvidaba el rec el parque y ya es de noche. Hasta des señora Muller...

Mul. Yo tambien voy á mi cuarto á espe Estela.

Fritz. A propósito! *(yendo á la puerta del pab.)* Señorita Estela, está ya arreglada la rop

Est. *(desde dentro.)* Estoy concluyendo... dejaré ahí fuera...

Fritz. Bueno... Voy á recorrer el parque y vo al momento. Hasta luego.

(Sale por el fondo. Mma. Muller entra en el edificio. La escena queda sola un momento. Al este momento un bulto muy embozado y de mo nadie vea quién es, sale del pabellon, deja en el maleta cerrada, y entra con mucho misterio en el ño edificio. Al poco tiempo aparece Fritz por el con unas llaves. Es de noche completamente.)

ESCENA XII.

Fritz, Mma. Muller dentro; últimamente Estela.

Fritz. Digo! querrian los ladrones robarnos?... Ya! ya! El que me la pegue á mi!.. Ya está cerrada la verja... Demonio! La señora Muller está ya acostada y quisiera explicarle... (va al pequeño edificio, abre la puerta, y tose.) Hum! hum!

M. (dentro.) Estela, estás ya en tu cuarto? He oído abrir la puerta...

Fritz. Soy yo, señora Muller, soy yo... Vengo á traeros la llave de la verja del jardin... Hacedme el favor de abrir temprano á los trabajadores, porque nosotros nos ponemos en camino temprano... Aquí dejo la llave sobre vuestra mesa... (entra, y hace lo que dice.) Ah! Hacedme el favor de preguntar á la señorita Estela si ha dejado el lio de la ropa... (volviéndose y viéndolo.) No... no os molesteis.... ¡aquí está! (lo coje.) Buenas noches, señora Muller!

M. Buen viage, señor Fritz!

Fritz. Gracias!... Hola! empieza á llover de lo lindo, y tengo que atravesar todo el parque para ir á mi cuarto... Digo! Y no tengo mas que unas pocas horas para dormir, y en seguida á ser el guardian del señorito Teodoro, que duerme en mi cama... A velar. no se me escape... Lo que yo digo... El que me la pegue á mi!...

Entra apresurado en el pabellon y cierra la puerta. Los momentos despues, aparece Estela en el balcon, vestida de aldeano; sin hablar se quita la faja que rodea la cintura, la ata al balcon y se deja caer; en tierra ya, al pequeño edificio y sale con la llave; echa una tierna última mirada al lado en que está Mma. Muller.)

F. Ahora, padre mio, ó tu salvacion, ó mi muerte! (sale corriendo por el fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

AMOR DE HIJA.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa en los tres primeros términos un casucho abandonado, y en ruinas, cuyo techo está medio caído; este casucho, sin puertas ni ventanas, está abierto al fondo, y deja ver un campo casi salvaje. Por todas partes se vé nieve y yelo. Del lado de allá del puente, y sobre un horizonte nebuloso, se distinguen las torres de la ciudadela. En el fondo, á la derecha, una chimenea atrozada, y al lado de ella una mesa vieja y un banquillo.

ESCENA PRIMERA.

Burl, dos paisanos, dos soldados. Al alzarse el telon los paisanos encienden lumbre en la chimenea.

Burl. (sentado al lado del fuego.) ¡Qué tiempo tan frío!... No es posible que ni en la Siberia haga tanto frío! (á un soldado.) ¡Se helarán tambien las narices á alguno de vosotros esta noche?

Soldado. (sentado en la punta de la mesa y comiendo pan negro.) No será difícil, habiendo encontrado

esta madrugada al pobre Karl baldado en su garita.

Burl. Vaya un oficio el de soldado!... Se parece al mio, que nada me da que hacer en todo el dia. Está visto!.. yo he nacido para no trabajar.

Sol. Y ¿cómo es que siendo el señor gobernador tan cruel y exigente con sus criados, tiene tanta indulgencia con vos?

Burl. Porque quiere tenerme á su lado... tan solo para esto hace quince años que me tomó á su servicio, despues de haberme sacado del avispero en que me habia metido ese bribon de Clakmann... Desde entonces me ha dicho el señor gobernador que no me abandonaria, con la condicion de que le he de acompañar á donde quiera que vaya.

Sol. (riéndose.) Ya se ve! como que hace quince años que el señor gobernador no ha salido tres veces de la ciudadela...

Burl. Ha estado siempre aqui, en la ciudadela, claro está; pero tan hermosa vida va á durar muy poco!... La señora condesa, que tambien ha sido condenada á atenerse perpétuamente al régimen de la ciudadela, no ha podido acostumbrarse á él; y tan joven y delicada como es, si el facultativo no aconseja á Mr. d' Orborn, creo que la señora se va en breve al otro barrio .. Pero gracias al buen doctor, la señora cambiará de vida, y saldrá todos los dias á pasear un par de horas.

Sol. Diantre!... mandar pasear á una enferma con el tiempo que hace!...

Burl. En verdad que no es bueno para el que no está acostumbrado; pero el señor, que de repente se ha vuelto una ovejita para con su esposa, ha mandado preparar aqui un buen fuego y algunas bebidas, para que la señora condesa pueda hacer alto y tomar algunas fuerzas para volverse á la ciudadela. (levantándose.) ¿Han ido á avisar á la doncella de la señora condesa?

Sol. Si; la joven Cristina va á traer aqui todo lo que...

Job. (llegando por el fondo á la derecha.) Cristina!.. Quién habla de Cristina?

ESCENA II.

Los mismos, y Jobin con un manguito, un gorro y botas bien aferradas.

Burl. Hola! ya está aqui Mr. Jobin... el enamorado!

Job. (tiritando.) Oh! si! enamorado!... pero tambien helado!... Sabiendo que estábais aqui he echado á correr sin acordarme del frío que hacia, y vengo sin abrigo alguno. (se arrima al fuego.)

Burl. Sois muy friolero, segun veo.

Job. Tened presente, amigo mio, que soy francés del mediodia... nací en Tolon... pais de olivos y de galeotes. (al soldado.) Meted otro leño, buen soldado!... (á Burl.) Habeis dicho, hace poco, que Cristina...

Burl. Estará aqui antes de diez minutos.

Job. Antes de diez minutos!... Oh prusiano de mi vida!... os abrazaria... sino tuviera las manos heladas.

Burl. Pero decidme con formalidad; tanto amais á Cristina?

Job. Si la amo decis?... Meted otro tarugo, señor

soldado... Por ella estoy loco, furioso, hecho un imbécil... por ella he olvidado mi país, mi sol, mi gloria... La suerte ha hecho que os encuentre aquí, Prusiano; quiero ver á Cristina á todo trance. Se que sois el confidente íntimo de Mr. d' Osborn, y os prometo cien florines si bajo cualquier pretexto me introducis en ese horroroso nido de ladrones, donde Cristina, desesperada y mortal, debe estar esperándome. *(se viene á la escena.)*

BURL. Introduciros en la ciudadela...? Imposible... Está prohibido, bajo las penas mas severas, el dejar penetrar á nadie, sea quien fuere, en nuestra casa de recreo.

JOB. Calla!... conque es cierto lo que dicen en el pueblo?

BURL. ¿Qué dicen?

JOB. *(á media voz.)* Que hay allá abajo, en el mas profundo calabozo, un prisionero de estado, á quien nadie ha visto jamás, y al cual es muy peligroso hablar. Un carcelero, segun dicen, está destinado solamente para ese criminal.

BURL. Es cierto... y en ello pensaba cuando vinisteis... Si quereis un empleo... la plaza de ese carcelero va á quedar vacante...

JOB. Hola!... conque va á ascender?... va á subir?

BURL. Si... va á ser ahorcado.

JOB. Ahorcado!!...

BURL. Han sorprendido un proyecto de fuga. El pobre diablo lo ha confesado todo, y esta tarde, segun os he dicho, la plaza queda vacante.

JOB. Gracias, Gracias!... prefiero otra, aunque sea peor.

SOL. Aquí viene la joven Cristina.

JOB. Cristina!...

ESCENA III.

Los mismos y CRISTINA, la cual trae una capa de pieles y una cesta, en la que lleva un frasco con licor y un vaso.

CRIS. Aquí traigo lo que han pedido para la señora... creo que no he perdido tiempo... Qué veo!... Mr. Jobin!...

JOB. Si, Jobin... mas enamorado y mas inflamado que nunca...

BURL. Vaya! os dejo juntos. *(á media voz.)* Esto bien vale un florin á cuenta de los ciento que me habeis ofrecido... de eso ya hablaremos en la primer entrevista. *(alto.)* Ea, vamos... todo está dispuesto aqui... *(á los soldados y paisanos.)* Venid conmigo ante el señor gobernador. *(vanse por la derecha.)*

ESCENA IV.

CRISTINA y JOBIN.

JOB. ¿Qué felicidad, Cristina! ¿No sabeis que por vivir á vuestro lado voy á aceptar el destino que Burl me proponia hace poco?

CRIS. ¿Qué destino?

JOB. El de un carcelero, á quien ahorcan esta tarde

CRIS. Reemplazar á un carcelero!!... vos!...

JOB. Me presentaré desde luego como un supernumerario... y no pediré mas que á vos por todo salario.

CRIS. Pero esa plaza está ya ofrecida... ó por mejor decir, dada.

JOB. ¡Dada ya!

CRIS. El carcelero mayor ha recibido últimamente una carta de su familia. En esta carta le anuncian que su sobrino y ahijado, á quien no he visto despues de que lo bautizaron, es tan vicioso y malvado, que no saben qué hacer con él, y que á causa de varios accidentes que padece, se ha quedado mudo... Ya veis! malvado y mudo! excelentes dotes para un carcelero... Hoy ó mañana, á mas tardar, debe venir.

JOB. Pues bien, Cristina, puesto que yo no puedo entrar en ese maldito castillo, salid vos de él, venid conmigo á Paris.

CRIS. Gracias, Jobin; pero eso no puede ser. En los tres meses que estoy al servicio de Mma. d' Osborn, no he podido menos de amarla al verla tan buena y desgraciada, y la he prometido no abandonarla jamás.

JOB. Jamás!... muy largo va eso!... pero no importa, esperaré.

CRIS. Oigo ruido!... *(señalando á la derecha.)* E Mr. d' Osborn... Idos, que no os vea conmigo... salid pronto.

JOB. Si me marchó, no es por otra cosa que por obedeceros; pero Cristina, bien sea mañana ó esta tarde, esten las puertas cerradas ó abiertas, entrando por arriba, ó por abajo, ó por el medio, ó sea como quiera, tened entendido que os he de ver. *(vase por la izquierda.)*

(Al salir Jobin, Cristina va á la chimenea, Burl que entra por la derecha con dos soldados, ayuda á Cristina colocar la mesa al lado del fuego, acercan igualmente el banquillo, el que Cristina cubre con su capa de pieles. En seguida aparece Mr d' Osborn dando el brazo á Maria, la cual marcha lentamente indicando sufrimiento. Los paisanos los siguen y se quedan en el fondo. Maria vien á sentarse junto á la mesa. Cristina coje del cesto el frasco, echa del líquido que contiene, se lo da á Mr. d' Osborn, el que se lo ofrece á Maria.)

ESCENA V.

CRISTINA, MARIA, D' OSBORN, BURL, soldados, criados

OSB. Sentaos ahí, Maria; ese fuego y esa bebida os animarán.

MAR. ¿Por qué nos detenemos aqui?

OSB. Porque aun nos falta cerca de una hora para llegar á la fortaleza, y necesitais tomar algunas fuerzas.

(D' Osborn hace una seña, á la cual todos se van Burl y Cristina por la izquierda con los paisanos, los dos soldados por la derecha. Maria, sentada é inmóvil, parece huir de las miradas d' Osborn, que la ha presentado la bebida, pero Maria la rehusa: este queda en pié y la dice con dulzura afectada:)

OSB. Maria, por qué no quereis tomar esta bebida. Habeis olvidado ya las órdenes terminante del doctor? No quereis abandonar todavia esa lucha y languidez, que me desesperan?

MAR. Oh! caballero!... tened la bondad de de cirme por qué un celo tan exagerado ha sucedido de repente al odio y á la crueldad?... Por qué esos mentidos cuidados? Temeis, sin duda, que desde el lecho de la muerte, vuestra víctima os maldiga y os descubra?

OSB. Qué injusta scis, Maria!... No sabeis que bajo ese odio y crueldad, que decís, se oculta un profundo y acerbo dolor?

MAR. Todavia esa odiosa ficcion!... ¿Os atreverei á decir que en ese corazon vil y despiadado que pudo concebir la traicion mas atroz y

crimen más infame... existe sentimiento alguno de bondad?

Maria .. es cierto que he sido cruel, despiadado... pero vuestros desdénos, vuestros desprecios, han ulcerado mi corazón.

Y mereceis otra cosa sino odio y desprecio, los que habeis á la vez jurado y mentido villanamente? .. Si hubiéscis cumplido vuestro juramento, si por vos Mr. de Fridberg hubiese sido justificado públicamente, todo lo hubiera olvidado; y sería para vos una hermana... pero vos habeis sido un infame y un desleal. .. y habeis quitado la vida y quemado la única rúea de su inocencia; la única que quedaba en el mundo para que se respetase y venerase su memoria... Despues, para asegurarnos de la impunidad, me habeis traído aqui, á mi, solo estigo de vuestro crimen, y me habeis enterado viva. Tan débil y moribunda como estoy, vermeis aun que un último suspiro se me escape si os acuse. Estad tranquilo; me restan ya pocos dias de existencia para que luego podais dormir en paz entre dos tumbas: entre la de Mr. Fridberg y la de vuestra esposa.

No! no!... esa horrorosa profecía no se cumplirá jamás... yo borraré las huellas de tan funesto pasado... Maria... Dios perdona... y vos me perdonareis?

Dios!... sin duda no sabeis los sueños que la misericordia infinita se digna á veces enviarme... (se levanta.) Cuando la fatiga ó la languidez de mis fuerzas me obliga, á mi pesar, quedarme dormida... casi siempre se me aparece Ernesto... no ya cadáver en su ataúd... sino encadenado en lo mas húmedo y profundo de los calabozos. Le veo unas veces luchando contra sus verdugos... otras su voz débil y moribunda grita... Maria!... Maria!... ¡espera en Dios... que él nos oye!

(Gran Dios!... Qué es lo que dice!)

Si este sueño fuese un aviso, si me hubiéscis engañado... si Ernesto viviese aun...!

(Quiéralo Dios!)

Si lo que me habeis dicho es cierto, si Mr. de Fridberg no existe, qué temeis de mi?... ¿por qué tenerme prisionera?... ¿Por qué impedirme todo trato, toda comunicacion con el mundo?

Tenia miedo, Maria... pero dentro de algunos dias os volveré esa libertad que deseais... ¿quereis podreis ir á Berlin, á Rittersdorf... (con alegría.) A Rittersdorf?... He oido decir?... Sois vos quien así me habla?... Conque iré á Rittersdorf... á Gertrudis... (A mi hija... una vez...)

Si; todo lo vereis, Maria, pero con una sola condicion.

Cuál es? (empieza á nevar.)

(viniendo de la izquierda.) Perdonad, señores... pero Burl y todos deseáramos que os retiráscis; porque el tiempo amenaza... el viento sople con ímpetu, y la nieve empieza á caer... (Burl, paisanos y soldados vienen á la escena.)

Vamos, pues, á ponernos en camino... Tapad el hombro á vuestra señora. (Cristina coje la capa de las manos y la pone sobre los hombros de Maria.) Nos apresuraremos el paso para llegar al castillo antes que el tiempo se empeore. (Ella contestará al fin.)

(Se ponen en marcha y se van por la izquierda. Apenas se han alejado, el viento muje y la nieve cae con fuerza. En medio del huracan se ve pasar sobre el puente á Estela bajo el disfraz de Ricardo, pero roto y cubierto de nieve; marcha con trabajo hasta llegar al derribo.)

ESCENA VI.

ESTELA, apoyada desde que entra.

Ya no puedo ir mas lejos... será preciso morir aqui... pero tengo tanto frio... tanta hambre... Dios mio!... Dios mio!... me habeis abandonado!... (viendo fuego.) Ah! qué veo! fuego!... ¡fuego!... (corre al fuego y ve el pan que han dejado los soldados sobre la mesa.) Pan!... tambien pan!... Gracias, señor! gracias!... (cae de rodillas, se levanta y come con ansia.) Llegaré al fin donde estás.. Padre mio!... Otros dos dias mas de camino, me han dicho, y estaré en la ciudadela... he caminado toda la noche... todo el dia... y mis ojos nada han descubierto aun... Quizás esté muy lejos todavia... á nadie he encontrado. Esta casa, aunque en ruinas, debe ser habitada... esperemos... Cualquiera que aqui venga, y me vea, tendrá piedad de mí... me dará abrigo para esta noche... me indicará el camino... y mañana, al despuntar el alba, me pondré en marcha... Dios, que esta vez tanto me ha socorrido, me socorrerá de nuevo... me dará fuerzas y paciencia, puesto que me dió valor.

(Está sentada á la mesa y comiendo. Mientras las últimas palabras de Estela, un joven paisano cubierto con una capa y llevando un baston, baja al sendero, y se detiene al ver la casa derribada. Sus vestidos son pobres y sucios, lleva cabellos largos, rojos y crespos, su frente baja y deprimida. Sus facciones son las de un idiota, y su mirada feroz.)

ESCENA VII.

ESTELA y HERMAN.

(Estela tiene en la mano el frasco que contiene el líquido, y no ve á Herman; este, que se halla cerca de ella, la ve y se detiene con el terror de un mendigo; la examina atentamente, recobra valor, se acerca á ella, y al verla con el frasco, se le quita.)

Est. (dando un grito.) Oh!... (se levanta aterrada. Herman toma asiento y se pone á beber.) Quién es ese hombre!... El dueño de esta casa sin duda... Si... eso es... (se acerca y se detiene.) ¡Qué mirada tan feroz!... (tímidamente.) Habitais en esta casa, ó no sois, como yo, mas que un pobre viajero?... (Herman la mira sin responder.) Si sois el amo de esta casa, me permitiréis pasar en ella la noche?... (Herman ríe con risa salvaje. Estela se asusta.) ¿Por qué no me respondeis? (Herman se levanta y se acerca á ella, para darla á entender que es mudo.) Mudo!... Oh! desgraciado! (Herman la dice que se ha batido; que su adversario le cortó la lengua, y que él lo mató.) Qué horror!... (Herman ríe al ver el susto de ella.) Vos viajais tambien?... Deveis conocer el pais... (Herman dice que si.) Me halló muy lejos de la fortaleza del monte de los Gigantes?... Podré estar mañana en ella? (la señala las torres, que se divisan ya.) Allí?... Conque es allí?... Tan cerca de mí!... Oh, padre mio!... padre mio! (Herman la dice que va tambien allí.) Vos tambien vais allí?... á la ciuda-

dela? .. Sin duda tendreis algun pariente que sufre, y á quien vais á ver y consolar?... (*se rie y la dice que no; que va para ser carcelero.*) Vais para ser carcelero! (*indica con orgullo que sí, saca una carta del bolsillo, y se la da á Estela, dejando la bolsa sobre la mesa. Estela toma la carta y lee.*) «Enviadme mi abijado, sus malas cualidades han hecho que el gobernador le escoja de entre mil para ocupar la vacante que resulta. Como es probable que no le conozca, entregadle esta carta para que se me presente con ella.» (*Herman coje la carta y la mete en el saco.*) Bien sabía yo que la Providencia velaria sobre mi... ese guia que yo le demandaba, ya le tengo... Para vos, las puertas de la ciudadela, cerradas á todo el mundo, se abrirán! .. no dudo que me dejareis seguiros y entrar con vos... direis que soy vuestra parienta... vuestra hermana. (*Herman rehusa.*) Oh! no me negareis ese favor... cuando sepais que he andado á pié, y sola, mas de cien leguas por ver á mi padre... lo entendeis?... á mi padre... que está prisionero hace quince años... á mi pobre padre, que ha sido condenado injustamente, y encerrado, sin que nadie lo sepa, en un oscuro y húmedo calabozo,.. sin poder dar pruebas de su inocencia, pruebas que existen tal vez, y las que buscaré yo... aunque estuvieran en el fin del mundo... Es preciso que llegue á donde está... ayudadme solamente á penetrar en la ciudadela... una vez allí... encontraré lágrimas, súplicas y ruegos para conmover á los guardas de mi padre... Dios me inspirará, porque no puede consentir que quede incompleta la obra que he comenzado. (*Herman rehusa.*) Oh! yo os lo suplico en nombre de la humanidad... en nombre de vuestra madre... (*la dice que ha muerto.*) Pues bien, tambien yo la he perdido... yo tambien estoy sola en el mundo... miradme; os lo pido de rodillas... No tendreis piedad de mi? (*se rie al verla; de repente cambia de fisonomia, y le enseña Estela una cruz de oro que lleva al cuello.*) Esta cruz!... es la sola memoria que mi madre me dejó en el mundo; desde mi infancia no la he abandonado un solo dia... el frio, la miseria, el hambre... todo lo he soportado antes que venderla... pero á vos os la doy si me dejais entrar en la ciudadela... (*al pronto rehusa; pero despues de un gesto de conviccion, la da la mano en señal de consentimiento.*) Conque consentis... Pues bien... partamos... (*la dice que está cansado.*) Estais cansado!... yo no lo estoy... vamos! (*la indica que la noche se acerca.*) Esperar?... esperar aun!... pero mañana, al amanecer, partiremos, no es así?... (*Herman, gozoso, sienta á Estela en su banco, echa mas fuego, y la indica que se duerma.*) Dormir yo!... ¿vos?... (*tiende la capa en un rincon del teatro, y se echa sobre ella.*) Dice bien... tendré necesidad de descansar para mañana. (*arrodillase delante del banco y besa su cruz.*) Ultimo recuerdo de mi desgraciada madre... ya no rogaré á Dios contigo... ¿qué será de mi cuando no te lieve sobre mi corazon? Oh! santo talisman, protégeme aun por esta noche!

(Lleva la cruz á los labios, apoya su cabeza sobre el banco, y se duerme. En esto se levanta Herman con cuidado, se acerca á ella, y la ve dormida; va á cojer la

cruz, y ve que está atada con una cadena de pelo... ¿qu hacer?... á la luz del fuego ve un cuchillo sobre la mesa le coje y la corta el cordon. El huracan se acrecienta truenos y relampaguea; el viento mueve una ventana, hace un fuerte ruido. Estela se despierta, ve á Herman delante de sí con un cuchillo en la mano; da un grito de horror. Herman, resuelto á quitarla la cruz, la coje de la mano.)

Miserable!... me engañabas .. querias asesinar me!... (*va á cojer la cruz.*) Dios mio!... socorro!... socorro!...

(Quiere huir, Herman la persigue; se dirige al puente, Herman trepa las rocas y llega al mismo tiempo al puente; ella le ve y quiere huir; Herman va á cojerla, cae un rayo, el puente se rompe, y Herman cae en precipicio. Estela, horrorizada, viene á caer de rodillas delante de la cabaña, y echando una ojeada sobre el sac que dejó Herman en el suelo.)

Qué hacer? .. (*abre muy de prisa el saco, saca la carta que leyó en la escena anterior, y con ella en la mano dice:*) Esta carta... esta carta es mi salvacion!! (*queda en actitud inspirada y suplicante.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO DEL ACTO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa la habitacion de Ernesto en la ciudadela. Las paredes estarán húmedas y desnudas. A la izquierda, en una pared dividida, habrá una ventana estrecha, cerrada por espesas barras de hierro, y á la cual se llega subiendo tres escalones. A la derecha, tambien en otro muro cortado, la puerta de entrada, formada de fuertes barras de hierro. Al fondo, entre la ventana y la puerta, una especie de alcoba con una cama; el fondo de esta alcoba, un tapiz cubrirá la pared; junto á la alcoba una cadena de hierro estará colgada en la muralla. Próximo á la ventana y á la izquierda del espectador, en primer término, un cofre; al lado del cofre, una silla de madera. A la derecha, frente al cofre, una chimenea; á un lado, un sillón antiguo; todo este interior será oscuro y frio.

ESCENA PRIMERA.

(Al alzarse el telon, la cama estará fuera de la alcoba, el tapiz del fondo de la alcoba levantado y se ve una puerta de hierro oculta en la muralla. Ernesto de rodillas trabaja para arrancar los goznes y visagras de esta puerta una lámpara que le alumbraba, está para apagarse; pero por un agujero de la ventana y de los hierros, un rayo de sol viene á dar un poco de luz al interior de la prision.)

ERNESTO DE FRIDBERG.

(*viendo el sol.*) La hora de la primer ronda á sonar... es preciso abandonar el trabajo .. sobre todo no dejar señal alguna de él. (*coloca bien el tapiz que está levantado, pone la cadena en la alcoba y despues oculta en el jergon la linterna y demas instrumentos; de pronto se para.*) Sienta aqui. (*apaga la lámpara, se mete en la cama y se tumba.*) Me engañé! Son las pisadas del centinela, (*se levanta; va á la ventana; ya es de dia.*) Ya salió el sol con sus primeros rayos, ha desaparecido el aspecto fúnebre de esta celda! (*coje un carbon de la chimenea, y hace una señal en la pared, debajo de la ventana.*) Ah! me resta otro dia de vida y sufrimiento aqu

se dia completará el año 16 de mi cautivi-
 diez y seis años!.. los mas bellos de la vi-
 diez y seis años en este lóbrego calabozo
 en esta tumba, de la cual ni una sola que-
 se puede oír, y ni una voz amiga escuchar.
 ra instrumento de vuestra misericordia, os
 beis dignado, Dios mio, darme por carcele-
 un hombre á quien mis enemigos creían
 propósito para mi custodia.. un hombre que
 ndó una tarde las súplicas que á vos ele-
 va, me prometió su ayuda para salir pronto
 este infierno. Libre!.. libre yo!.. si!.. si!..
 veré á ver á Maria y á mi hija Estela...
 Maria!.. Estela!.. Dónde estareis?.. qué es de
 otras en ese fementido mundo?.. No me
 vereis culpable..? *(se oye una campana.)* Las
 e!.. Ya hace tiempo que Firsch debiera
 er bajado aqui! Ayer en todo el dia lo vi...
 to no!.. Si lo hubieran descubierto, habrían
 ndo á este calabozo para quitarme los útiles
 Firsch me ha proporcionado. Sin duda es-
 ta enfermo.. Pero á falta de Firsch, el valor
 prudencia me ayudarán... ó mañana... mis
 amigos me habrán muerto, ó habré hallado
 dos únicos tesoros.. los dos ángeles que
 Dios me dió en este mundo! Pero qué oigo? ba-
 las escaleras!.. Siento pasos!.. no son los
 de Firsch. *(se sienta junto al cofre.)*

ESCENA II.

ERNESTO, D' OSBORN, BURL.

Demonio!.. que frio hace aqui.
(deteniéndose a la puerta.) Silencio!
 quiénes son esos hombres?
 Vaya una mina endemoniada que hemos
 do que pasar para llegar hasta este miste-
 ro prisionero.
(mirando en derredor, y ap.) Y ha podido vi-
 qui diez y seis años!
 quién sois? qué quereis de mi?
 Soy el conde D' Osborn, gobernador de es-
 ta plaza.
 Osborn... si... ya recuerdo. *(levantándose.)*
 Os fue á quien vi la noche de mi llegada á
 este sitio... pero desde ese tiempo en vano
 he veros y escribiros...
 Los órdenes que recibí fueron tan severas
 precisas, que me ha sido imposible propor-
 cionar auxilio alguno á vuestra triste situa-
 ción. Burl, examinad bien esta habitacion.
 No me dará mucho que hacer la visita.
*(entra en el calabozo y el cañon de la chimenea,
 golpea con las manos las paredes y las barras.)*
 Desde hoy vais á tener otro carcelero.
 Firsch?
 Firsch, destinado exclusivamente para
 la custodia, separado de todos los habi-
 tantes de la ciudadela, Firsch, que no debia
 estar aqui sino con vos y cuando el rey se
 le ordenaba, ó detras de vuestro cadá-
 ver si Dios así lo disponia, ha faltado á sus
 deberes, ha querido acabar con esta cautivi-
 dad que en otro tiempo aceptó voluntaria-
 mente; ha tratado de fugarse y á vos tambien
 os ha propuesto; por cierto que os va á cos-
 tar cara su traicion, que pagaba yo su fi-
 delidad.
 ¡Callad! callad!.. Firsch es inocente!

OSB. Sorprendido en lo mas interesante de sus
 preparativos, Firsch todo lo ha revelado.

ERN. Oh! no hagais responsable á nadie de ese
 proyecto de evasion, yo solo soy el culpable.
 Mandad que me carguen de cadenas, que me
 conduzcan á otra prision mas honda y tenebro-
 sa, pero no emponzoñeis con remordimientos
 los últimos instantes que me restan de vida!
 Para mi jamas pediré gracia ni piedad, mas
 por Firsch os ruego de rodillas.

OSB. Reservad vuestras súplicas para el eterno
 descanso del alma del condenado á muerte:
 hoy morirá.

ERN. Hoy decis?

OSB. Si, á las dos!

ERN. Oh! eso es terrible!.. Yo tambien debo mo-
 rir!.. *(cae en el sillón de junto á la chimenea.)*

OSB. *(á Burl.)* Qué has descubierto?

BURL. Ni la menor señal... todas las barras y cer-
 raduras estan intactas. *(á media voz.)* Firsch
 pensó escaparse por la escalera de la torre.

OSB. *(ap.)* Por si acaso colocaremos un centinela
 en lo alto de ella. *(á Burl.)* Ya te puedes mar-
 char.

BURL. Bien, señor gobernador. *(ap.)* Daba lo que
 no tengo por ver aqui á Clakmann. *(vase.)*

OSB. Voy á comunicaros, Mr. de Fridberg, las
 precauciones que voy á tomar. Todas las cer-
 raduras y rejas, van á ser reforzadas; las cen-
 tinelas duplicadas; desde hoy no tendreis ni
 fuego ni luz; vuestro nuevo carcelero será vi-
 gilado como vos. Su idiotismo, casi salvaje, no
 comprenderá ni escuchará vuestras quejas y
 súplicas; en fin, si os oye no podrá responde-
 ros, porque es mudo.

ESCENA III.

Los mismos, y ESTELA, con la capa y el gorro de
 Herman.

BURL. *(entrando el primero.)* No bajeis tan de pri-
 sa que os vais á romper la cabeza.

*(aparece Estela, Burl la hace pasar por delante; al ver
 al prisionero Estela, hace un movimiento que reprime
 de pronto.)*

OSB. Acércate y mira al prisionero que tienes
 que velar desde hoy noche y dia. Ya has re-
 cibido todas mis instrucciones; piensa bien
 que la mas ligera infraccion es castigada aqui
 como el crimen mas horrendo. A la menor
 sospecha *(señalando la cadena colgada.)* tirarás
 de esta cadena, la campana de alarma sonará,
 y en breve vendran en tu socorro. *(vase con
 Burl. Se oyen echar los cerrojos tras de ellos)*

ESCENA IV.

ESTELA y ERNESTO.

*(Ernesto queda inmóvil é insensible á todo lo que le
 ha dicha D' Osborn permanece sentado, y las últimas pa-
 labras le conmueven.)*

ERN. Hoy á las dos!

*(Estela que estaba sentada en los escalones de debajo
 de la ventana, escucha en el fondo para asegurarse de
 que se han ido, despues vuelve y mira á Ernesto; este se
 levanta.)*

ERN. Si, á esa hora será el suplicio de Firsch...
 de Firsch á quien por culpa mia quitan la
 vida! *(atravesando la escena.)* No, bárbaros, no
 vereis mi desesperacion... en vez de un cada-

ver tendreis dos para ponerlos á los pies de Federico. Si!... la muerte es tambien la libertad, y la obtendré por este medio... Oh! Dios mio! los tormentos que me haceis pasar, son ya superiores á mis fuerzas... Dios mio! libradme de la desesperacion!

(cae desmayado en la silla de madera, Estela se acerca y se arrodilla ante él, y con voz débil le dice.)

EST. Si, Dios mio, dadle valor y resignacion!

ERN. (mirándola.) Quién eres tú que por mi ruegas?

EST. (bajo.) Vuestro nuevo carcelero.

ERN. Tú, cuyo corazon debe ser tan sordo á la piedad, como tu boca es muda. Oh! el gobernador me ha engañado!..

EST. No, no os engañó... me cree mudo... y yo soy quien le ha engañado.

ERN. Por qué razon?

EST. Por salvaros.

ERN. Por salvarme!.. Pero quién te ha podido inspirar tal interés?

EST. Mi corazon.

ERN. Si no me conoces, ¿quién te envía?

EST. Nadie.

ERN. De dónde vienes?

EST. De muy lejos.

ERN. Y por quién has penetrado en esta fortaleza?

EST. Por un milagro de Dios!

ERN. (levantándose.) Joven, cualquiera que seas, yo te bendigo... pero no permitiré que lleves mas allá tu peligrosa empresa, no consentiré que se alce de nuevo para ti el cadalso de Firschbach...

EST. Ya os he dicho que he venido aqui para salvaros ó morir con vos.

ERN. Si no es Dios quien de entre sus ángeles te envía, es una muger sin duda... y esa muger es Maria de Rittersdorf.

EST. Por la primera vez oigo pronunciar ese nombre! Ignoraba el vuestro hace dos meses! Yo vivia dichosa y tranquila en el centro de la Pomerania, cuando de repente la sagrada mision que debia cumplir me fue revelada... No tenia mas familia que por mi se interesase que una buena muger que me llamaba hija suya; esta muger me declaró un dia que no era mi madre, y que ella habia adoptado por hija á la pobre Estela.

ERN. Estela!.. Estela!

EST. Ese nombre...

ERN. No sabes que recuerdos despierta en mi. Ese nombre es el que de continuo esta en mi mente, en mis labios... mil veces lo verás escrito en esas paredes. Estela es mi hija!.. mi bien!.. lo oyes? Es el secreto de mi resignacion y de mi valor. Es la esperanza de mi cautividad.

EST. (cayendo de rodillas.) Dios es justo y bueno! Dadle gracias, padre mio, y bendecid á vuestra hija!..

ERN. Oh! mirame, háblame porque mi razon se extravía. Te llamas Estela, ó es un sueño lo que me pasa?... Pero no, la providencia permitirá... mas no me has dicho... no he oido... estoy loco!.. lloras!.. me abrazas?..

EST. Padre mio!.. padre mio!..

ERN. Mi hija!.. hija mia!.. (la abraza.) Pero qué tienes?... Palideces?... Vacilas?

EST. Tranquilizaos, padre mio... no sufro!.. las

emociones... soy tan dichosa!

ERN. (la hace sentar junto al cofre.) Siéntate a hija mia... tus manos estan yertas y no temas fuego que el de mis labios y mis lágrimas... Oh! llamando acudirán. (va á tirar la cadena.)

EST. No: de ese modo seremos perdidos los dos porque sabed que e toy aqui bajo el nombre de Herman, el mudo, el idiota. Tranquilízate (levantándose) Soy fuerte y valiente; si habeis visto llorar y palidecer, ha sido por placer que esperimenté al veros... pero el ligro me devolverá mi enerjia.

ERN. Reconocimiento sublime!.. feliz!

EST. Que he hecho yo que cualquiera otra en lugar no hiciera? Al oír el secreto de mi nacimiento, me dije: tu padre existe, y hace años que está encerrado en una prision estado; es inocente y lo han sepultado en calabozo sin formarle causa; y entonces acordé de una joven que sin apoyo, sin dinero, y sin recursos, habia caminado á pie cientos leguas para ir en busca de su padre como ella puse mi confianza en Dios y llegé. Ella arrancó á su padre de manos de la muerte y yo romperé vuestras cadenas.

ERN. Si, Dios acabará su obra; los dos saldremos de este infierno, y para recompensar tu admirable valor, te daré aun mas que mi amor que mi bendicion... que mi vida .. Te volvé á tu madre!

EST. Mi madre!

ERN. Si, tu madre, de la cual sin duda te robado; tu madre que nos ama y nos llora Estela, mañana seremos libres; hace tres meses que trabajo dia y noche para abrirme camino; por Firschbach, he sabido que en el fondo de esta alcoba, detrás de una pared gruesa se debia encontrar una puerta de hierro; esta puerta se abria en otro tiempo y dá á una escalera secreta, la que conducia á un punto de la fortaleza habitado solamente por mugeres. Por ese lado, la vigilancia será perfecta, porque todo el mundo ignora semejante comunicacion. Con ayuda de varios instrumentos que el desgraciado Firschbach me ha proporcionado, he conseguido destruir la pared que ocultaba la puerta de hierro; mirala. (tira la cama, el tapiz y se le enseña.) Ese trozo que ninguno ha pensado en mover, oculta perfectamente la parte de pared que he trozado. (saca varios útiles de entre la cama.) Con estos útiles, tan rudos como son, he hecho lo que ves; con esta lima he serrado los goznes de la puerta, solo faltan un par de horas de trabajo y la puerta cederá á mis esfuerzos. Firschbach debia guiarme en la salida (oculta los útiles.) para que cuando llegásemos al parapeto, y con ayuda de una cuerda, hiciésemos bajar al foso; una vez alli, si me decia, estamos libres.

EST. Y la cuerda?

ERN. (sacándola de debajo del cofre.) Aqui está.

EST. Oís? (se oye tocar el tambor.)

ERN. Que ruido es ese?

EST. Sin duda son ya las dos.

ERN. Las dos... y Firschbach...

EST. Silencio!.. que vienen! valor, padre mio!

a prueba será la última.
Por si vienen á separarnos... dame un último abrazo. (*se abrazan; despues Estela toma aspecto feroz y se aleja al punto en que se pua cuando entró.*)

ESCENA V.

ismos, D' OSBORN, BURL, y dos soldados que se quedan fuera.

En nombre del rey, Mr. Fridberg, entregadme los instrumentos que el traidor Firschbach ha dado, y con los cuales procurabais vuestra fuga.

(*sentado junto al cofre.*) Gran Dios! (*Estela da inmóvil.*)

Toda ocultacion, toda duda será inútil. Firschbach, al ver el patíbulo ha querido rescatar su vida... ha declarado haberos traído hace tres dias... varios instrumentos que vos habeis ocultado.

Tres dias!. Pobre Firschbach!

Rehusais el dárme los? (*á Burl y demas.*) Quiero! registrarlo todo al punto.

Lo que es esta vez ya miraré con mas cuidado, no haga el diablo que me manifieste á mi igual pintura que á Firschbach.

El y un soldado sacan la cama y van á levantar el colchón cuando Estela, que teme que se descubra todo, se levanta, rechaza al soldado, levanta la colcha y las sábanas busca entre el jergón.)

Diantre! que prisa se da á buscar. (*Estela saca los útiles y Burl los coge.*) Por vida mia que me buen tacto.

Que es lo que ha hecho, Dios mio!

Bien decia Firschbach; pero su tardia confesion no le salvará. (*sube dos escalones, hace señas con el pañuelo blanco y se oye otro redoble de tambor.*)

Que es lo que habeis hecho? Qué ruido es este...

Ese ruido dice que la justicia está cumplida.

Firschbach!.. Firschbach! perdóname!

(*indicando estar ya ahorcado.*) Ya esta en camino para el otro mundo. Buen viage!.. (*á la que se horroriza.*) Mirad joven. (*yendo á la ventana.*) Veis aquel parapeto en aquel punto?

¿.. Pues ese será el camino que tomareis mejor descuido. (*Estela se aleja de Burl.*) Señalándola la ventana.) Acércate y mira.

(*Estela vacila.*)

(*á D' Osborn.*) Oh! eso es ya demasiado!..

Estela comprendiendo á Ernesto, le detiene con una mano, y recobrando toda su energia, sube la escalera á la ventana, con firmeza y mira.)

(*mirando de hito en hito.*) Diantres!.. pues me asusta... este chico va á ser un carcelero modelo. (*cruzando la escena va á hablar á los soldados que quedaron á la puerta.*) Ha visto horrorar á Firschbach, como yo veria fusilar á Firschmann.

Aunque no habeis tenido tiempo suficiente para servir de esos instrumentos; este calabozo, segun veo, no es muy oscuro ni profundo; pero lo tanto mañana bajareis á otro mas lóbrego y seguro, colocado en los subterráneos.

(*Estela.*) Y en cuanto á ti nada tengo que decirte, sino que no olvides ni á Firschbach, ni lo que acabas de ver. (*vase con Burl y los soldados.*)

ESCENA VI.

(Apenas se cierra la puerta, cuando Estela que permanecia inmóvil mirando por la ventana, se la ve medio desmayar.)

ESTELA y ERNESTO.

ERN. (*yendo á ella.*) Hija mia, Hija mia!.. aléjate de ese horroroso espectáculo! Oh! cuanto has debido sufrir, angel mio! como has podido resistir tanto!

EST. Pensando en vos y rogando á Dios por vos!

ERN. Infeliz! aun perdiéndome á mi no se ha podido salvar; Estela, esos instrumentos que has dado por tu mano...

EST. Uno solo os hacia falta, padre mio, y os le he guardado: tomadle. (*saca una lima de entre la manga de su vestido.*)

ERN. Esta lima! Si... si.

EST. (*Éxaltada.*) Apresuraos á trabajar con ella.

ERN. Oh! si! corramos!

EST. Padre mio, yo os ayudaré!

(*retiran la cama, alzan el tapiz y se ponen de rodillas á limar los goznes de la puerta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y DEL CUADRO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

MADRE E HIJA.

Sala en la casa del Gobernador: estilo gótico y los muebles id. En el fondo puerta que conduce á la escalera principal; á la izquierda otra id. que dá á la habitacion de la señora D' Osborn: á la derecha puerta que conduce á las habitaciones interiores: estas tres puertas estarán guarnecidas de cerrojos. En el fondo y en el ángulo de la izquierda gran ventana. A la derecha, en primer término una puerta pequeña y secreta, junto á esta puerta un gran canapé puesto frente al público. A la izquierda, en primer término, una mesa, plumas, lacre, papel y campanilla.

ESCENA PRIMERA.

MARIA sola y sentada en el canapé.

Cuando abandonaré esta morada en la que tanto he sufrido y llorado?.. Siempre bajo ese cielo frio y tenebroso, siempre bajo ese horizonte triste y desierto!.. Todos mis servidores vendidos á ese hombre!.. Solo Cristina es quien de mi se compadece!..

ESCENA II.

MARIA y CRISTINA.

CRIS. (*entra corriendo por el fondo.*) Victoria, señora, victoria! Dentro de tres dias marchamos.

MAR. Dentro de tres dias?

CRIS. Si, señora, vamos á dar el último á Dios á los puentes levadizos, á las barreras, á las contra escarpas... vamos á respirar el aire libre... yo, casi estoy ahogada!

MAR. Y quién te ha dicho eso?

CRIS. Yo misma lo he oido. Acabo de ver salir al doctor de la habitacion de vuestro esposo, y decirle al despedirse; «Estad seguro Mr. D' Osborn, de que solo el aire nativo puede salvar á la señora condesa; llevadla á Kittersdorf y os respondo de ella. En seguida vuestro esposo le dió palabra de que partiriais para ese punto dentro de tres dias.

MAR. Hágalo el cielo.

CRIS. Una vez fuera de aquí, para no volvernos á acordar de este infierno, creo muy bien que recobraréis la salud y la tranquilidad, y yo la alegría.

MAR. Has vivido algun tiempo en Rittersdorf?

CRIS. No señora, pero tenia allí un anciano tío á quien iba á ver muy á menudo. Yo he nacido en la aldea de Ossembach.

MAR. De Ossembach?

CRIS. A dos leguas de Rittersdorf.

MAR. Dime. En qué época dejaste esa aldea?

CRIS. Conque la conocéis?... Sabeis lo que es mi país?... Tan grande como la palma de la mano... y tan...

MAR. Respóndeme.

CRIS. Marché para Berlin con mi padre hace dos años; era pequeñita pero regordetilla; así es que los domingos, cuando salía, todos los mozos me miraban... yo aun no sabia porque... pero me daba mucho gusto.

MAR. Y has conocido allí á una buena y excelente muger que se llamaba Gertrudis Bukan?

CRIS. Recuerdo que mucho antes de salir de Ossembach habia allí una Gertrudis que vivia sola en una casita aislada y en la cual nunca entró nadie.

MAR. Oh! acércate; esa muger no debia estar sola.

CRIS. Teneis razon... porque con ella vivia una nodriza con un niño.

MAR. Una niña querrás decir?

CRIS. Si, una niña que se llamaba...

MAR. Estela.

CRIS. Estela, decis bien; y que linda era!

MAR. La has visto tú?

CRIS. Que si la he visto?... Y la he abrazado mil veces!

MAR. Conque la has abrazado, tú! oh! buena Cristina. (*la abraza.*) Si supieras el placer que me causan tus palabras?

CRIS. Y no sabeis que.. pero, por qué llorais?

MAR. Oh! háblame de Gertrudis y de la niña sobre todo!

OSB. (*entrando por el fondo y hablando desde dentro.*) Burl!

MAR. D' Osborn!

OSB. Cuando venga el notario que he mandado llamar, avisadme.

MAR. (*á Cristina.*) No me hables ahora... cuando me quede sola ven á verme. (*cuando entra d' Osborn sale Cristina y la detiene.*)

OSB. Cristina, eres una servidora fiel, y cariñosa para con tu señora... jamás lo olvidaré!

CRIS. (*alejándose dice ap.*) No está conocido el amo; pero lo mismo es, porque debe tener unas garras muy largas ocultas bajo ese aspecto de reconocimiento. (*vase por el fondo. Maria se sienta junto á la mesa.*)

ESCENA III.

MARIA, y D' OSBORN.

OSB. Maria, segun os prometí, dentro de pocos dias abandonareis esta fortaleza... Burl tiene ya mis órdenes para acompañaros en el carruaje y dejaros en Rittersdorf... á mi me es del todo imposible acompañaros. (*movimiento de Maria. Despues de un poco de silencio.*) El

Elector de Baviera acaba de morir sin de heredero directo. José II se prepara á invadir sus estados, mas Federico no ha podido consentir que se acreciente el poder de Austria, y ha declarado la guerra. A pesar de tener 66 años, el rey quiere presentarse á sus antiguos soldados, y acaba de establecer su cuartel general en Silesia; yo debo partir á su lado; la campaña será sangrienta... (*mucho silencio, Maria no mira á d' Osborn.*) Antes de separarme de vos, tal vez para siempre, he debido tomar algunas disposiciones que es preciso que vos aprobeis. Para poderos dejar tranquilo poseo, he hecho una escritura en la cual aseguro, despues de mi muerte, todos mis bienes habidos y por haber.

MAR. (*con frialdad.*) Habreis creido que yo aceptaria..? Jamás!

OSB. (*vivamente.*) Oh! He adivinado que no querriais deberme... y por lo tanto, para triunfar de vuestro desden, he mandado hacer una escritura de mútua donacion. (*Maria mira á d' Osborn.*) Esta escritura nos dá á cada uno los mismos derechos, y os dispensa de toda gratitud y reconocimiento.

MAR. Sea en buen hora; pero os comprendo.

OSB. (*vivamente.*) Y creo no tendreis inconveniente alguno en poner vuestra firma sobre este pergamino que, segun veis, lleva ya mi firma.

MAR. (*mirando frente á frente.*) Conque en breves voy á morir?

OSB. Qué decis?

MAR. (*levantándose.*) Digo que habeis llevado por mucho tiempo la máscara de la hipocresía, pero que ahora mismo se os acaba de caer. Jamás obtendreis esa firma. (*vase á la derecha.*)

OSB. (*conteniéndose.*) Pensad en ello, señora, que despues de la infame sospecha que habia concebido, el no firmar seria un ultraje sangriento é insufrible.

MAR. Os dije que no firmaba, y no firmaré!

OSB. (*conteniéndose apenas.*) Maria! No comprendeis lo que vuestra pertinacia tendrá de doloroso y punzante para mí?

MAR. No dulcifiqueis vuestro rostro ni vuestra voz; no contengais el despecho y el odio que despedaza vuestro corazón. Sabemos muy bien uno y otro que vos me detestais tanto como yo os aborrezco y maldigo. Habeis sabido aprovechar vuestro facultativo que mi lenta agonía iba ya su término, y entonces os habeis acordado de que mi muerte os robaba esa fortuna que vos habeis adquirido, manchando vuestro honor, y condenando vuestra alma.

OSB. Pues tened presente, ya que creéis haberme adivinado, que os es preciso obedecerme. Me reconocéis, Maria, habeis dicho; pues no olvidéis de Ernesto de Fridberg.

MAR. Porque de continuo veo ante mis ojos el cadáver de Ernesto mutilado por vos, y porque os conozco, por eso os aborrezco, y desprecio.

OSB. Tomad esta pluma y firmad. (*la da la pluma.*)

MAR. Jamás!

OSB. (*cogiéndola de la mano y llevándola con violencia á la mesa.*) Firmad os digo.

MAR. Miserable! poneis la mano sobre una

er! Solo os faltaba esa infamia!
 B. (con fuerza.) Esta mano firmará, ó la romperé entre las mias!
 R. Verdugo, me matareis antes que yo desherede á mi hija.
 B. (retrocediendo.) Qué oigo!
 R. Creisteis acaso que viviria con vos sino viviese mi hija? (cae en un sillón. Aparece Cristina.)

ESCENA IV.

Los mismos, y CRISTINA.

C. s. El notario espera y... pero Dios mio! qué válida está la señora! (corre á ella.) Estais mala?
 B. Si, un ataque repentino... cuidadla! (mira á Maria.) Imprudente! (vase por el fondo.)
 C. s. Pero... Calla!.. me deja sola... imposible abandonar á la señora para traerla alguna cosa.
 R. (con desvario.) Oh!.. defendedme!.. protegeme!
 C. s. Habla... sin duda está mejor...
 R. (con desvario atraviesa la escena.) Ya no está qui! huyamos!
 C. s. (deteniéndola) Señora!
 R. (sorprendida.) Oh! (reconociéndola.) Pero no! tú no me harás traicion... me dejarás marchar...
 C. s. Y á dónde quereis ir?
 R. A Ossembach, junto á mi hija, porque Esela... aquella niña... es mi hija.
 C. s. Vuestra hija!
 R. (volviendo en si.) Desgraciada! qué he dicho!.. Oh! estoy loca! Cristina... olvida lo que cabas de oirme. Por el alma de tu madre.... úrame no fiar á nadie de este mundo el secreto que encerraba en mi pecho hace diez y seis años, y que acabo de descubrir. No digas D'Osborn que mi hija está en Ossembach, porque iria á matarla.
 C. s. Qué horror!
 R. Ahora mismo, ha querido obligarme á firmar la perdicion de mi hija... he resistido... pero mira... (la enseña el brazo acardenalado.) Oh! pero al fin no firmé!
 C. s. Qué monstruo!
 R. No poder escapar de estas murallas en que me tiene encerrada! no poder ir á arrojarme á los pies de Federico!.. El me protegeria... me defenderia... me daria á mi hija!..
 C. s. Dicen que el rey está en su cuartel general de Terchen, á seis leguas de aqui... escribidle.
 R. Y quién se atreverá á encargarse de mi carta?
 C. s. Yo!
 R. Tú, Cristina?
 C. s. Si... Señora mia, tened confianza en Cristina, no lloreis mas; id á escribir al rey... y no os impacienteis por lo demas.
 R. Y cómo saldrás de aqui?
 C. s. Nada mas facil. Yo haré que me conduzcan.
 R. Hoy mismo?
 C. s. Al instante, apresuraos.
 R. Qué medios emplearás?
 C. s. Cuando volvais, ya habré encontrado mil... dos, idos pronto. (vase Maria por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

CRISTINA, sola.

No digo yo á Terchen que está seis leguas de aqui; al fin del mundo iria yo por mi querida señora. Una vez fuera de aqui, aprieto á correr, y está tarde estoy ya en el cuartel general; los granaderos no me dan miedo, me dirigiré al mas alto y le preguntaré por Su Magstad el rey, porque cuanto mas altos son los granaderos, mas amables deben ser; uno me cogerá del brazo y me llevará ante el anciano Federico. Le hago una reverencia; me pongo colorada y le entrego la carta. Despues de haberla leído, monta á caballo el rey y me pone á la grupa; llegamos aqui, y hacemos prender al gobernador. Esto no puede acabar de otro modo.. pero debo ya empezar á disponer que me saquen de aqui; para llegar allá necesito... (entra Jobin por la derecha.) Ah! señor Jobin!

ESCENA VI.

CRISTINA, y JOBIN.

(Este lleva sobre sus espaldas, muchos pedazos de leña atados á una cuerda, y en la otra mano un hacha.)

JOB. (dejando caer la leña y el hacha.) Cristina! bien sabia yo que la habia de encontrar.

CRIS. Vos en la ciudadela...! cómo habeis entrado?

JOB. Por la puerta grande. Cuando vi que el prusiano gordo, se burlaba de mi, me dije: ya me escaparé de ti; y ayer he engañado y sobornado á un pobre trabajador que empleaba todos los sábados en partir leña aqui, y ha consentido en dejarme por veinte escudos su hacha para solo un dia. Despues de varios si... nos... y qué se yo... he entrado. Esto no era lo peor, lo mas facil era veros sin preguntar á nadie. Para esto he hecho una distribucion general de este combustible, lo he dejado en todas partes. Pero, ¡ay de mi! á cada hoguera que encendia, mas me acordaba de vos, mas mi corazon latia... pero al fin os veo, estoy á vuestro lado, y no os abandonaré jamas!

CRIS. Cómo!

JOB. No saliendo de aqui... sino con vos.

CRIS. (de repente le dice) Amigo mio.. qué idea tan feliz!

JOB. Si, si... creo que no es muy mala.

CRIS. He aqui lo que tanta falta me hacia.

JOB. Si... creo, Cristina, que no os soy inútil... no es asi?

CRIS. Venis á buen tiempo para hacerme un gran servicio.

JOB. Me alegro infinito... Y cuál es?

CRIS. Vais á esconderos lo primero!

JOB. Muy bien... pero por qué?

CRIS. Tengo que veros y hablaros muy pronto.

JOB. Bien; pues me marchó... pero dónde está vuestro cuarto?

CRIS. Mi cuarto...

JOB. Para encerrarme en él.

CRIS. No; alli estais muy lejos!

JOB. Muy lejos? pues dónde me quereis meter?

CRIS. (yendo á abrir la puerta secreta.) Entrad ahí.

JOB. Al punto. (se detiene de repente.) Pero eso está muy oscuro; parece la cueva del diablo.

CRIS. No tengais miedo, que nadie va ni viene

por esa pieza.

JOB. Si? pues creo que hay ratones ahí dentro.

CRIS. Qué importa!.. Vamos, entrad pronto!

JOB. Os obedezco, Cristina... pero os advierto que tengo miedo á esos animales.

CRIS. (*empujándole y cerrando.*) Entrad pronto!

ESCENA VII.

MARIA y CRISTINA.

MAR. (*saliendo de la izquierda con la carta.*) Aquí está la carta; piensa que es mas que mi vida lo que á tu discrecion y fidelidad confio. Si esta carta cae en las manos d'Osborn...

CRIS. Oh! primero la haré pedazos. (*la mete en su pecho.*) no saldrá de aquí, sino para ir á manos del rey... esta tarde estará ya en su poder.

MAR. Esta tarde?... Has hallado ya algun medio?

CRIS. Para salir de aquí? Si, señora.

MAR. Y ese medio!..

CRIS. (*enseñando la puerta.*) Está ahí... bajo llave: solo aguardo á que el señor esté en parage que ni vea, ni oiga.

MAR. Y estarás segura?

CRIS. Yo os respondo de todo. Cuando Mr. d'Osborn haya subido la escalera principal..

MAR. D'Osborn! Oh! ten mucho cuidado!

CRIS. Entonces es el momento mas seguro de poner en juego mis recursos.

MAR. Y cuáles son?

CRIS. (*abriendo la puerta.*) Vedlos ahí!

ESCENA VIII.

Los mismos y JOBIN, pálido, tembloroso y desgreñado.

MAR. Quién es ese hombre?

CRIS. Ese hombre, señora, es... Oh! Dios mio! qué pálido está! Qué os ha sucedido allá fuera?

JOB. No tengais cuidado... ya os dije que tenia mucho miedo á los ratones... y hay un millar de ellos en esa pieza oscura.

CRIS. Vamos!

JOB. Cuando querais... yo los sentia bullir bajo mis pies... (*aparece d'Osborn en el fondo.*)

CRIS. Callaos! quereis que me avergüence delante del señor de tener un amante tan cobarde?

JOB. (*bajo.*) Chiton! no hay necesidad de que lo sepan aquí.

CRIS. (*levantando la voz.*) Si señora, este pobre muchacho ha engañado á todo el mundo para introducirse en la fortaleza.

JOB. Chit!

CRIS. Os respondo de él, señora; os será tan fiel como pudiera serlo yo; hace poco que juró morir por vos si fuese preciso.

OSB. (*en el fondo.*) Qué oigo!

JOB. Yo!.. no he dicho semejante cosa.

CRIS. Y en prueba de ello le he prometido un abrazo, por recompensa.

JOB. Pero...

CRIS. Abrazadme y callaos...

JOB. (*la abraza*) Oh! cuánto me quiere esta chica!

ESCENA IX.

Los mismos, y D'OSBORN.

OSB. (*viniedo á la escena.*) No me engañé esta mañana, Cristina, cuando os dije erais la servidora

mas fiel y cariñosa, y que por lo tanto merecias una buena recompensa. (*llama con la campanilla.*)

JOB. Quién es ese señor?

CRIS. (*bajo.*) El gobernador.

JOB. Ay! tiemblo delante de él! (*Burl viene por la derecha con cuatro soldados. Viendo entrar á Burl.*) Cielos! el prusiano!.. me va á conocer y... (*d'Osborn habla bajo á Burl.*)

MAR. (*á Cristina bajo.*) Te he adivinado... pero no temas.

OSB. (*á Maria.*) Entrad en vuestra habitacion, señora... yo os lo mando.

CRIS. (*con intencion.*) Confiad, señora...

OSB. Quedaos aquí. (*á media voz siguiendo á Maria.*) Maria, esta noche os volveré á ver. (*vase Maria por la izquierda mirando á Cristina.*)

JOB. (*ap.*) Está bueno..! Esta mañana he dado cien escudos por entrar aquí, y ahora creo que daría doscientos por salir.

OSB. (*á Burl.*) Has recibido mis órdenes, y quiero que se cumplan al instante. (*vase por el fondo.*)

ESCENA X.

BURL, CRISTINA y JOBIN.

JOB. (*bajo á Cristina.*) Qué es lo que van á hacer de nosotros?... eh?

CRIS. (*bajo.*) Ponernos en la calle.

JOB. A los dos!.. qué felicidad!

BURL. (*colocándose entre los dos.*) Cogeos de mi brazo Vamos á pasar el puente levadizo á pasos acelerados.

CRIS. (*ap.*) Conseguí lo que queria! (*alto.*) Conque me despiden?

JOB. Y á mi tambien; que alegria!

BURL. No; vos no salis de aquí!

JOB. Como! qué decis?... no salgo de aquí?

BURL. Ni lo imagineis; á esta joven la despiden pero á vos os guardan. (*le entrega á los soldados.*)

JOB. Pero...

BURL. No hay pero que valga. (*entregándole á los soldados.*) Esos dos hombres os conducirán á la sala de presos, en la que permaneceréis hasta nueva orden.

JOB. Esto es una infamia, una injusticia... y por lo tanto pido que Cristina sea puesta en prision conmigo.

BURL. Facil es. Cristina dentro de poco estará bien lejos de aquí...

CRIS. (*marchándose con Burl.*) Pobre Jobin! Tened paciencia, que pronto nos volveremos á ver.

JOB. (*entre los soldados.*) Que el diablo nos lleve si nos volvemos á ver. Es buena nuestra desgracia; cuando vos estais dentro yo estoy fuera, y cuando os mandan salir á mi me mandan entrar.

(Vase Jobin con los soldados por la derecha, Burl da el brazo á Cristina, y se van por el fondo. Cuando se han ido todos, se oye un ruido sordo en el cuarto de la puerta secreta, y despues se oye desplomar una pared ó piso: al punto se abre la puerta secreta con cuidado, y saca la cabeza Estela.)

ESCENA XI.

ESTELA y ERNESTO.

EST. Nadie hay!

ERN. (*apareciendo*) Sin duda estamos ya en el pun-

o del castillo que Firbach llamaba el aposento de las mugeres.. esa debe ser la ventana que va al foso...

E. *(yendo á la ventana.)* Si... si... esta es.

E. Pues á esa ventana es la que tenemos que cortar nuestra cuerda para descolgarnos; una vez en el foso, hallaremos facilmente una recha abierta hace tiempo en una de sus paredes y por la cual, segun Firbach me decia: podremos salir con toda seguridad, por estar seco el foso.

E. Esta debe ser la hora de comer, pues á nadie se vé por aqui; aun no es de noche, pero la niebla es tan densa, que sin temor alguno de ser vistos, podremos ya descolgarnos por la ventana.

E. Mi valor se disminuye á la vista del peligro que vas á correr. Si te faltáran las fuerzas... tus manos ensangrentadas por el trabajo... no te pudieran sostener...

E. No temais, os repito... Dios no nos abandonará un instante... id previniéndolo todo, mientras veo ciertamente si estamos seguros aqui. *(vase por el fondo.)*

ESCENA XII.

ERNESTO, y despues MARIA..

E. Dios mio!.. solo en vos pongo toda mi confianza. *(entra en el gabinete y sale en seguida con la cuerda que va á atar al balcon; de repente se detiene.)* Qué es lo que oigo?.. hácia aqui se acercan... ocultémonos. *(va al gabinete para saltarse.)* Pero y Estela... mi hija!.. si viene no me halla... Oh! tan próximo á la libertad, no volveré á tomar las cadenas con resignacion. Desgraciado del que se oponga á mi fuga! *(viendo el hacha que Jobin dejó.)* Oh! esta arma ayudará á mis intentos... no, no volveré vivo al calabozo! *(vase al fondo.)*

M. *(saliendo de su habitacion.)* Llegará Cristina tiempo?

E. Una muger!

M. *(asustada al verle.)* Oh! favor!.. socorro!.. *(cogiéndola y sentándola en el canapé.)* Desgraciada! silencio! *(Maria se sienta y deja ver su rostro, Ernesto deja el hacha, la ve y retrocede.)*

M. *(viéndole al mismo tiempo.)* Oh! cielos!

E. Maria!

M. Ernesto! *(se arrojan en los brazos.)* Tú aqui! ¿de dónde vienes? sales tal vez de la tumba!..

E. Si... dices bien; de la tumba en que desde hace diez y seis años, he estado gimiendo y moribundo!..

M. Tú aqui!.. despues de diez y seis años!.. ¡mis pensamientos... mis sueños...

E. Pero y tú?..

M. Tambien en esta prision hace diez y seis años!..

E. Por qué motivo?

M. El esposo que el rey me dió, es el conde Osborn!

E. Mi carcelero!

M. Pero dime, cómo estás libre?... quién te libero...?

E. Un angel bajado del cielo... una niña... nuestra hija!

M. *(sobresaltada.)* Estela!.. y vive Estela!.. dime por Dios, dime...

E. Si, vive; pero la muerte que está pendiente

sobre mi cabeza; lo está tambien sobre la suya; un solo momento de retardo, nos puede perdernos á los dos.

MAR. Oh! entonces, huye!

ERN. Este camino, por peligroso que sea, es el único que nos queda. *(señala la ventana.)* Estela está vigilando por ese lado. *(señala al fondo.)* Habrá algun riesgo por esta otra parte? *(señala la habitacion de Maria.)*

MAR. En el fondo de esa habitacion, hay una puerta que conduce á la de Mr. d'Osborn. Voy á cerrarla bien; pronto vuelvo... al momento, para verla... para abrazarla... y si es preciso morir con ella. *(vase á su habitacion; en esto Estela aparece.)*

ESCENA XIII.

ERNESTO y ESTELA.

EST. Padre mio, apresuraos! Acabo de oir la voz del gobernador y la de Burl... los dos estan en el piso bajo, y pueden subir de un momento á otro. *(echa el cerrojo á la puerta del fondo y á la del cuarto de Maria.)*

ERN. *(echando el de la derecha.)* Qué haces?

EST. Asegurar nuestra fuga.

ERN. *(Y su pobre madre!...)* Pero...

EST. D'Osborn está cerca, os he dicho, y el patibulo levantado aun.

ERN. El patibulo!... *(Oh! Maria, perdóname!.. lo primero es salvar á nuestra hija.)* No perdamos un instante... *(Oh! y si la cuerda se rompe!)* Primero yo. Dios mio! protejednos! *(baja por la ventana.)*

EST. *(sobre la ventana viendo bajar á Ernesto.)* Cuidado, padre mio! despacio!... Oh! cómo vacila la cuerda... si se rompe por desgracia... si la niebla se disipase al menos!... Ah! las fuerzas y el valor me faltan!

OSB. *(desde fuera.)* Por qué está esta puerta cerrada?

EST. El gobernador aqui!

OSB. Abrid, Maria, abrid pronto!

EST. Le va á faltar tiempo para bajar!.. *(á la ventana.)* Valor, padre mio, valor!

OSB. Burl, echa abajo esa puerta.

EST. La puerta va á ceder... cómo salvarme? Oh, solo un medio me resta. *(cierra la ventana, pone sus ropas en desorden, y coje la cuerda que Jobin trajo con la leña, y abre.)*

ESCENA XIV.

ESTELA, D'OSBORN y BURL.

OSB. Qué veo?

BURL. El mudo aqui!

OSB. Cómo estás aqui? *(cuenta que mientras dormia el preso le ató las manos y tapó la boca; y que despertó cuando huia... que se quitó las ataduras y le persiguió; pero que al llegar á la sala le perdió de vista.)* Oh! desgraciado de ti, si has sido traidor! Qué camino tomó?

(Estela hace por alejarlos de la ventana, y les indica el gabinete: van á entrar cuando Maria llama lentamente á la puerta de la derecha.)

BURL. *(va á abrir.)* Habia echado todos los cerrojos! *(sale Maria.)*

ESCENA XV.

Los mismos, y MARIA.

MAR. D'Osborn aqui!... Ernesto es perdido!

OSB. (*yendo á ella.*) Ernesto! le habeis visto... está aqui? (*se oye un tiro.*)
 MAR. Qué horror! (*cae de rodillas. Estela va á la ventana y se para.*)
 BURL. El ruido ha sido por esa parte. (*abre la ventana.*) Una cuerda!... y el preso bajando por ella... ya está poco distante del foso... el centinela ha errado el tiro.
 OSB. Oh! pues no se me escapará. (*ve el hacha, la coje, va á la ventana y corta la cuerda.*)
 EST. (*va á D'Osborn y cae desmayada á sus pies.*) Oh! padre mio!... te han muerto!
 MAR. Su padre!... Oh!... (*va á Estela. D'Osborn la detiene y se coloca entre ellas apartando á Maria. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

EL CASTIGO.

Sala baja con rompimiento en el jardin de la fortaleza. En medio del jardin se verá una capilla, cuyas vidrieras estarán iluminadas. Es de noche, y alumbra la decoracion la luna. En el primer termino, á la izquierda, una puerta que da á la habitacion de Maria. En tercer termino, una escalera con pasamanos que da al piso bajo, y figura comunicarse con la capilla. A la derecha, y en el mismo termino, una puerta que conduce al cuarto de Burl. En primer termino, una gran escalera que conduce al exterior. El fondo de esta sala es un cierre de cristales, en medio del cual hay una puerta de dos hojas. A la izquierda, en primer termino, una mesa cubierta con un tapete, lacre, plumas y papel.

ESCENA PRIMERA.

D'OSBORN y un DESCONOCIDO.

(Es de noche. Al alzarse el telon, el Desconocido está recostado en una de las hojas de la puerta del fondo, la cual estará abierta, y parece escuchar.)

UN CRIADO. (*baja la escalera y dice al Desconocido.*)

Aquí llega el señor gobernador.

OSB. (*al Desconocido.*) Quién sois? Qué asuntos tan urgentes y misteriosos teneis que comunicarme?

DES. (*le saluda y le da una carta.*) De parte de Mr. de Mittau.

OSB. (*vivamente.*) Traed. (*la abre y lee; mientras rompe el sobre, el criado sale del cuarto de Maria, trae una lámpara encendida, que deja sobre la mesa, y vase. La escena está alumbrada. Lee.*)

»Querido D'Osborn: el rey acaba de mandar

»la revision del proceso de Mr de Fridberg.

»La causa de esta decision ha sido, segun parece, una carta dirigida á Federico por Mma.

»D'Osborn, (*movimiento.*) y puesta en manos de

»Su Majestad ayer tarde por una joven, que,

»segun dijo, era doncella de vuestra esposa.»

Por Cristina!... (*sigue.*) «La emocion y la cólera

»que el rey no pudo comprimir, me hacen ver

»que esta carta encierra contra vos alguna

»grave acusacion. Delante de mi, Federico ha

»dado orden para que un oficial marchase al

»despuntar el alba, á la fortaleza, con ámplios

»poderes. Mi antigua amistad para con vos, me

»obliga á anunciaros la tempestad que os ame-

»naza. Velad sobre vuestros guardias. El hom-

»bre que os entregará esta carta, es un ex-

»reclutador, que ha recorrido todos los oficios;

»de consiguiente, á cualquier precio contad

»con él para lo que querais.» ¿A qué hora ha-

»beis salido del cuartel general?

DES. A las siete.

OSB. (Aun no son las nueve. El enviado de Fed-

»rico no llegará hasta mañana temprano. (*mi-*

»rando á la capilla.) Mañana!... aún me queda

»tiempo.) (*al Desconocido.*) Mr. de Mittau me

»responde de vuestro celo y discrecion... quizás

»tendré ocasion en breve de experimentaros...

El oficial, cuya venida me anuncian, no debe

»ponerse en camino hasta el amanecer; mas

»Federico puede anticipar la hora de la marcha

»de este oficial, en cuyo caso tengo precision de

»estar prevenido. Sabeis qué camino tomará?

DES. Las nieves no han dejado practicable mas

»que uno; y por consiguiente...

OSB. Montad á caballo, é idos á poner en obser-

»vacion en la Cruz de San Miguel... desde ese

»punto descubrireis toda la llanura, y cuando

»distingais á lo lejos la escolta del enviado, avi-

»sadme en seguida... Tomad... para que allá

»bajo, mientras esteis de atalaya, conteis y

»guardéis los florines que esa bolsa contiene...

Marchad!... (*va e, toma la bolsa, y al salir por el*

»fondo cierra las puertas vidrieras; despues Burl

»entra por la derecha de la galeria.)

ESCENA II.

D'OSBORN, y BURL despues.

OSB. Maria ha osado...! y Cristina estaba de

»acuerdo con ella!... Yo descubriré en breve

»esta trama infernal... Maria misma me ayu-

»dará, ya que la casualidad ha hecho que en

»mis manos caiga un arma, á la cual no puede

»resistirse. (*á Burl que sale de su cuarto.*) Has

»hecho lo que te mandé?

BURL. Exactamente, señor: encerré en un cuarto,

»el mas aislado y seguro, como sabeis, de todos

»los demas, al joven... ó mas bien á la joven,

»que desmayada como estaba, hemos tenido pre-

»cision de llevar allí, y á la que desde antes de

»ayer nadie ha visto. A su lado dejé un trage de

»su sexo... y ahora mismo la he hallado en pie

»y en el mas completo juicio... la pobre está

»hecha un mar de lágrimas, porque vió cons-

»truir bajo sus ventanas el atahud que dispu-

»sisteis para el difunto prisionero, que al caer

»al foso, tubo la habilidad de dar el salto mortal

»tan á lo vivo... Ella se ha echado de rodillas á

»mis piés, suplicándome la llevase junto á su

»padre; yo la he respondido, que el pobre diablo

»habia sido depositado en la capilla, de la cual

»solo vos teneis la llave... y despues, viendo que

»nada podia hacer, me pidió que la dejase veros.

(*ruido á la izquierda.*)

OSB. Quién viene?

BURL. La señora condesa.

OSB. Ha salido de su cuarto á pesar de mi prohi-

»bicion!... Burl, déjanos solos... y aguarda en

»la galeria las nuevas instrucciones que tendré

»que darte en breve. (*Burl sube la escalera de la*

»derecha, y vase.)

ESCENA III.

MARIA y D'OSBORN.

MAR. Aquí me teneis al fin.

OSB. Habia dado orden...

MAR. De que me tuviesen prisionera en mi habita-

on?... Lo sé... pero vuestros criados han sido
as benignos que vos.. han dejado paso libre
la pobre madre que queria volveros á pedir
su hija.

En este instante trataba de ir á vuestro
posento, señora..

Sin duda ibais á comunicarme alguna nueva
esgracia!... Habeis asesinado á Estela... como
asesinasteis á su padre!..

Vais á verla.

Oh!... si me devolveis á mi hija olvido los
tramentos y angustias que he pasado por vues-
tra causa... rogaré á Dios que os perdone el
asesinato de Ernesto... Pero qué esperais?

Una promesa vuestra, señora.

Oh! hablad! hablad!

Estela ignora todavia que vos sois su madre,
os exijo que no la digais nada que se lo haga
 sospechar...

Qué oigo!... tened presente que la sola es-
peranza de verla... de poderla llamar mi hija...
de abrazarla, ha sido la que me ha hecho vivir
 diez y seis años... Lo que me pedis es superior
 mis fuerzas.

Pues con esa sola condicion os permito que
veais.

Os obedeceré... con tal de verla.

Jurais no descubriris ni de palabra ni
de obra?

Os lo juro.

(llamando á Burl con una señal.) Conduce
qui á la joven que tienes encerrada en tu
cuarto. (Burl va á su cuarto. A Maria.) Necesito
que no dudeis de la existencia de vuestra hija
Estela, y despues de vuestra entrevista, la que
duraré sino cortos instantes, sabreis á qué
recio os la entregaré. No olvideis vuestro ju-
ramento. (sale Burl con Estela, de su cuarto.)

ESCENA IV.

Los mismos, BURL y ESTELA.

B. (en el fondo, bajo á Estela.) Valor, niña...
dirijios á la señora condesa, y conseguireis
las... (Estela se adelanta y Burl se va por la es-
calera grande.)

M. (yendo á Maria.) Señora, yo soy la hija del
esgraciado prisionero que han muerto ante
vuestra vista... compadeceos de mi. Haced que
me permitan llorar junto al cadáver de mi
pobre padre... (sufocada en llanto cae de rodillas
los pies de Maria.)

Maria se queda como estasiada, y mira á su hija cada
vez con mas emocion; en el instante en que Estela se
arropa á sus pies, Maria fuera de si la levanta con cariño.)

M. Hija mia!... (un gesto D'Osborn detiene sus
alabras, y despues de un momento de silencio
continúa.) Yo uniré mis súplicas á las tuyas, y
no dudo conseguir...

B. Dentro de una hora, esta joven será condu-
cida por Burl á la capilla en que yacen depo-
sitados los restos de Mr. Fridberg.

M. (á Maria.) Conque podré verle!... y llorar
sobre su tumba!... Oh! bendita seais, señora!...
no sabeis el bien que me haceis.

B. (á Estela.) Mientras tanto, venid.

M. (deteniéndola.) Oh! todavia; por piedad!...

B. Con qué pagaros tanta bondad, señora?...
Pero llorais!... Oh! sin duda sois madre!... no
es asi?

MAR. (conteniéndose apenas.) Madre!... si... Dios
me hizo la más dichosa de entre todas las mu-
jeres... pero me robaron mi único tesoro... mi
hija... Oh! dejame que te mire, que te con-
temple... (despues de un momento de silencio.)
Pobre huérfana!... viste morir al padre que
quisiste salvar, y no has conocido á la que
te dió el ser... La has llorado, no es cierto?...
como yo lloré á mi hija... Oh! ten confianza en
Dios... no desesperes de verla... Dios nos so-
mete muchas veces á pruebas muy crueles,
pero su misericordia es infinita... Pidámosle,
hija mia, supliquémosle que nos devuelva, á ti
tu madre y á mi mi hija.

EST. (mirando á Maria.) Mi madre!...

OSB. (la coje de la mano y la conduce á la capilla.)

Entrad en esa habitacion: Burl vendrá á bus-
caros. (Estela, con los ojos fijos en Maria, vacila
al salir.)

MAR. Valor y resignacion... Vamos, aléjate,
hija mia!... (Estela besa la mano de Maria, esta
la abraza, y se detiene con otra mirada D'
Osborn. Vase Estela á su cuarto, D'Osborn cierra
la puerta.)

ESCENA V.

MARIA y D'OSBORN.

MAR. (viéndola salir.) No poderla abrazar! Oh! no
crei que fuera dado inventar un suplicio mas
horroroso!

OSB. (acercándose á Maria.) Habeis visto á vuestra
hija?... De vos sola depende el que la reveleis
mañana el secreto de su nacimiento; de vos de-
pende el no abandonarla jamás.

MAR. Qué oigo!... mi Estela!... mi hija entre mis
brazos para siempre?

OSB. Para siempre! y desde mañana os he dicho...

MAR. Desde mañana... Oh!... cualquiera que sea
la condicion que me impongais, desde ahora
me obligo á cumplirla... Hablad... hablad...
dadme la escritura y os la firmaré... al instan-
te... dádmela... mi fortuna, mi sangre, mi vida
entera doy por un solo beso de mi hija...

OSB. No es vuestra firma lo que ahora me ha-
ce falta.

MAR. Por Dios hablad... no os comprendo!...

OSB. Ayer habeis escrito al rey... (movimiento de
Maria.) Cristina ha cumplido fielmente vues-
tros mandatos... y mañana un oficial de Fede-
rico se va á presentar aqui para averiguar los
hechos que habeis denunciado en vuestra car-
ta. (con fuerza.) Mañana, Maria, declarareis que
esa carta es falsa, supuesta... jurareis que
Cristina, despedida de mi casa, ha querido ven-
garse con una infame calumnia!

MAR. Acusar yo á Cristina!

OSB. Declarareis, bajo juramento si es preciso,
no haber tenido jamás conocimiento alguno, ni
de ese escrito, ni de los hechos que en él se
revelan.

MAR. Pero eso será mentir ante Dios!

OSB. (con sonrisa amarga.) Lo hareis... porque
gracias á mi, ya no temo por vuestra parte, ni
resistencia, ni lucha... Ayer pudisteis muy bien
desafiarme, porque no tenia en mis manos mas
que vuestra vida... Hoy tengo la de vues-
tra hija!

MAR. La de mi hija!

OSB. Me comprendeis ahora?

MAR. Asesinar á una niña!... imposible!
 OSB. La niña no es hija de Fridberg...?
 MAR. (con desvario.) No!... no!... Sereis tan implacable con la hija como lo habeis sido con el padre?...
 OSB. La que en ese cuarto está encerrada (señalando donde está Estela.) me responde de vuestra obediencia; yo os conduciré ante la presencia del oficial, á quien espero... Cuando venga os avisaré... Hasta entonces, id á vuestra habitación.
 MAR. Y Estela... mi hija?
 OSB. No lo volveréis á ver hasta que haya partido el oficial del rey. (conduce á Maria á su cuarto.)

ESCENA VI.

D'OSBORN, y despues BURL.

OSB. Ahora que venga el inquisidor con que me amenazan; yo lo colocaré entre la madre de Estela y la tumba de Fridberg. (con sonrisa.) El uno y el otro quedarán mudos. (llama, y al criado que aparece en el fondo.) Burl! que venga al momento. (vase el criado.) Este tambien es mio en cuerpo y alma.
 BURL. (desde lo alto de la escalera.) Presente, señor gobernador.
 OSB. Acércate.
 BURL. (bajando.) Se trata de la joven?
 OSB. No... es de ti de quien se trata.
 BURL. De mi?
 OSB. Ya sabes lo que hice por ti hace diez y seis años.
 BURL. Si, señor gobernador... me habeis librado de ser el blanco de cuatro granaderos, con la sola condicion de no hablar á nadie de la carta del teniente Mulgrave.
 OSB. Desde esa época dejaste á Berlin y te trage á esta ciudadela. Gracias á mi, han consentido en que no se cumpla la sentencia, que te condenaba á ser fusilado.
 BURL. Decis bien, señor gobernador... jamás lo olvidaré.
 OSB. Pues bien, pobre Burl, (Burl se sobrecoje.) ese asunto, que yo creia ya olvidado, ha vuelto á ser presentado á la firma del rey?
 BURL. Qué decis?...
 OSB. Acabo de recibir orden de entregarte á un comisario del rey, que debe venir mañana... para que se cumpla la sentencia pronunciada contra ti...
 BURL. Mañana!... y decis que han puesto ante la vista del rey los papeles de mi causa!... Ya se de dónde viene esa gracia; de ese infame de Clakmann... de ese espia, que me habrá denunciado! Y no se podria obtener un perdon de quince años?
 OSB. Solo veo un medio de salvarte...
 BURL. Ese es el que yo elijo.
 OSB. Esta misma noche te firmaré un pasaporte, con el cual podrás, bajo nombre supuesto, atravesar la frontera, que no está mas que tres leguas de aqui.
 BURL. De tres zancadas estoy...
 OSB. Y aun mas; te daré diez Federicos de oro.
 BURL. Diez Federicos!...
 OSB. Y partirás...
 BURL. Al instante.
 OSB. Cuando me hayas hecho el único servicio que te voy á exigir.

BURL. Oh! podeis estar seguro de que sereis servido.
 OSB. El atahud destinado al prisionero...
 BURL. Ha sido depositado sobre las gradas de esa capilla, cuya llave teneis. Cuando querais podremos enterrar al pobre hombre.
 OSB. Ese es precisamente el servicio que exigí de ti.
 BURL. Pues si no es mas...
 OSB. Pero oye; á media noche, cuando todo el mundo esté durmiendo, te daré la llave de esa capilla, aislada, como tu sabes, de espías y centinelas... abrirás, y hallarás al prisionero en el mismo estado en que le dejé...
 BURL. Muerto!
 OSB. (á media voz.) No por cierto... dormido.
 BURL. Qué decis!...
 OSB. Esta tarde, cuando bajé solo á la capilla, vi luchando con el desmayo que le dió al caer al foso, el que, segun creo tenia apariencias de enviarle al otro mundo; despues de decir algunas palabras, cayó en un profundo letargo en el que probablemente le hallarás sumergido.
 BURL. Ese si que ha sido milagro!
 OSB. Entrarás en la capilla, como te decia., y nadie te puede ver ni oír, y con dos minutos estás despachado... Una vez puesto el cadáver en el atahud...
 BURL. El cadáver!
 OSB. Ventrás á entregarme las llaves, y te daré en pago el pasaporte, y el oro que te prometí. (movimiento de Burl.) Qué tienes?
 BURL. (temblando.) Nada... un frio que me ha dado en todo el cuerpo...
 OSB. No te atreverás?
 BURL. Matar á un hombre!... y en una capilla!...
 OSB. (á media voz.) Prefieres ir á la esplanada á ser, como tú dices, el blanco de cuatro granaderos?
 BURL. Por vida del demonio!
 OSB. Ten presente que no puedo dejar la vida, quien posee mi secreto... por lo tanto es preciso obedecer hoy, ó ser fusilado mañana. Reflexionalo.
 BURL. El asunto bien merece reflexionarse. (ap.) Si rehuso lo de la capilla, otro lo admitirá, nadie querrá hacer lo que harán conmigo en la esplanada. El prisionero nada ganará; y yo perderé todo.
 OSB. Y bien?
 BURL. Acepto; pero toma y daca; quiero tener al instante el pasaporte prometido.
 OSB. Qué dices?
 BURL. Que despues del atroz crimen que voy á cometer, no quiero permanecer aqui ni un credo... no penseis que desconfio de vuestra delicadeza; pero... á Segura llevan presos.
 OSB. (yendo á escribir.) Sea.
 BURL. En cuanto á los escudos, no los necesito...
 OSB. (se pone á escribir; reflexiona; ap.) Vaciló esta tarde... y podrá arrepentirse mañana. (continúa escribiendo.)
 BURL. (para si.) Si no hubiese sido reclutado por ese bribon de Clakman, no me sucederia esto!... Oh!.. malvado!... si se tratara de ahorcarte...
 OSB. (levantándose y dándole un papel.) He abi

te deseas. Ven á este sitio á media noche á cojer la llave de la capilla. (vase por la escalera grande.)

ESCENA VII.

BURL, solo.

media noche!.. si de aqui allá lograrse... pero no hay medio... una vez cogida la retirada, nadie puede atravesar el puente levadizo, sin la orden espresa del gobernador... y este papel nada me serviria para eso... mi libertad está por otro lado... cara me cuesta la tal libertad... oh! daría cuantas botellas de Schenckhe vaciado en mi cuerpo... por descubrir lo que hay escrito en este pedazo de papel... esto me daría valor para la friolera que tengo que cometer... si ese imbécil de Jobbi estuviese aun aqui. (se ve abrir la puerta de cuarto de Burl.)

ESCENA VIII.

BURL y ESTELA.

Burl... si... él es... (yendo á él.) Con que impaciencia os esperaba!..

Est. Vos me esperabais?

Burl. Sois vos el que tiene que conducirme á la capilla?..

Est. A la capilla!.. no puede ser... imposible...

Burl. Que temeis de mi?.. Qué puedo hacer ya por mi pobre padre... Sino llorar y rogar á Dios!..

Est. No me habéis... no me mireis así... por qué hareis que me fusilen...

Burl. Que os fusilen!

Est. Y no muy tarde... mañana por la mañana... O... Ahora es cuando quisiera tener valor y poder leer este condenado papel.

Burl. Si quereis, yo os diré lo que contiene.

Est. Vos? Oh! no!.. esto seria esponerme mas... Sois vos quien me ha de dar valor... para leer. oh!.. no! no!

Burl. Yo os leeré ese papel, Burl, (se le coge.) y me conducireis á la capilla... os juro no estar más que un momento...

Est. Pues bien, puesto que me habeis cojido el papel... leed!.. leed pronto!

Burl. (leyendo.) «Al capitan comandante del destacamento de la frontera de Schwitz»

Est. Si, por ahí es por donde tengo que pasar... Burl. (id.) «Os mando al desertor Burl»

Est. He?

Burl. Condenado á muerte por rebeldia; haced que se ejecute inmediatamente la sentencia pronunciada contra él.» Firmado. «D' Osborn.»

Est. (fuera de sí) He oido mal?.. Volved á leer la última frase...

Burl. «Haced que se ejecute inmediatamente la sentencia pronunciada contra él.»

Est. (cojiendo á Estela con las dos manos.) Mirane bien... no me engañais?... es cierto lo que habeis dicho?

Burl. Os lo juro.

Est. (aterrado.) Gobernador infame! quieres verme homicida y en recompensa me mandas fusilar!.. Rayos y truenos!.. esto no puede ser!

Burl. Sabeis, joven, porque ese malvado rehusa el dejaros ver el cuerpo de vuestro padre?..? porque no se mató cuando cayó al foso.

Est. Oh!.. padre mio!.. padre mio!.. Aun vive... y le podreis ver!

Est. (cojiendo á Burl de las manos.) Burl!.. oh! miradme vos tambien... decidme que no me engañais.

Burl. Os lo juro!

Est. Vivo! mi padre!.. gracias, Dios mio! gracias!

Burl. No os alegréis aun, joven... D' Osborn y yo solamente lo sabemos; y mañana D' Osborn quiere enseñar un cadáver á todo el mundo... á mi es á quien ha encargado el asesinar á vuestro padre.

Est. Oh! y vos no lo hareis jamás... no es cierto?

Burl. No... mil rayos antes!.. pero veamos... es preciso que nos entendamos... y pensemos en el mismo fin... A media noche es cuando el Gobernador me tiene que dar la llave de la capilla... de aqui allá podemos estar tranquilos... y preparar nuestra fuga... Mirad; se me ocurre una cosa; si salvando á vuestro padre me puedo yo salvar tambien, creo que seria eso lo mas acertado... creo que si... Mientras ídos á vuestra habitacion.

Est. A mi habitacion... no!.. jamás!

Burl. Pues á dónde quereis ir?

Est. A velar al lado de la capilla... por si el Gobernador adelanta el instante fatal...

Burl. Teneis razon... porque ese tuno es capaz de eso y de mucho mas... Venid, joven, por aqui podreis ir á la capilla, que á media noche yo os iré á buscar.

Est. A media noche!

Burl. Gobernador del infierno!.. quieres hacerme enterrar vivo!.. pues á resucitar á los muertos! (vase por la derecha, por la habitacion de Burl.)

ESCENA IX.

D' OSBORN y el DESCONOCIDO.

OSB. (con agitacion.) Conque estais cierto de que habeis distinguido la escolta del oficial comisionado por el rey?

DES. Y muy cierto, si señor.

OSB. Han querido sorprenderme... Cuanto tiempo nos quedará aun?

DES. No será mucho, porque caminan al galope.

OSB. Pues entonces apresuraos... en esa capilla es donde está encerrado el hombre de quien os he hablado antes. (señala la capilla que se ve en el fondo.) Tomad la llave... cuando todo se haya acabado, me lo avisareis, apagando la lámpara que alli alumbrá... marchad... poco ruido... y nada de sangre. (el desconocido baja por la escalera colocada en tercer término á la izquierda.)

ESCENA X.

D' OSBORN y despues TEODORO de oficial.

OSB. El brazo de ese hombre será mas fuerte y seguro... Burl vaciló demasiado. (se oye ruido.) Que ruido es ese?... Habrá venido ya el enviado del rey?..

TEO. (desde la escalera principal.) Señor Gobernador... un destacamento mandado por un gefe superior del ejército de S. M. acaba de entrar en la ciudadela; dicho gefe manifiesta tener que comunicaros órdenes de la mayor importancia.

OSB. (Es preciso no perder un minuto...) Conducid al gefe y sus soldados al edificio nuevo y preparad una habitacion apropósito para el gefe del destacamento. Hasta mañana no puedo recibirle. (No seré dueño de mí mismo...)

(mirando á la capilla.) Esa infame luz aun
brilla... Oh! maldito sea el necio escrúpulo
que me detuvo... yo lo hubiera... (viendo al
oficial.) Qué quereis aun?

OFI. Perdonad, señor Gobernador... mas el ge-
fe insiste y quiere ser admitido al punto... ahí
está...

OSB. Decidle que no le recibo hasta mañana...
que se espere...

REY. (aparece en lo alto de la escalera.) Esperaré,
señor Gobernador.

OSB. Qué veo!.. el rey!..
(Federico apoyado sobre su baston, deja caer la capa
que le cubre. Detrás Cristina, oficiales y soldados.)

ESCENA XI.

D' OSBORN, FEDERICO, CRISTINA, oficiales y TEODORO,
despues BURL.

CRIS. Si, esperaremos.

REY. Silencio!

CRIS. Dispensad, señor.

OSB. Perdonad mi sorpresa... jamás pude espe-
rar tan grande honor.

REY. Escusad palabras vanas. Señor Gobernador,
ya adivinareis que ha sido preciso un asunto
muy grave y poderoso para andar seis léguas
al escape, y en mitad de la noche... Donde es-
tá Madama D' Osborn?

OSB. En su habitacion, señor... voy á avisarla...

REY. Quedaos aqui. (á un oficial.) Subteniente,
seguid á esta joven, (por Cristina) que os con-
ducirá á donde esté la señora Condesa, y supli-
cadla que venga aqui... no la abandoneis un
momento.

CRIS. Seguidme, señor oficial... Conozco bien la
casa. (vanse á la habitacion de d' Osborn, el cual
no aparta la vista de la capilla, cuya luz brilla.)

OSB. (Siempre esa luz!.. ese hombre me ha ven-
dido!)

REY. Mr. d' Osborn, he venido para hacer jus-
ticia á todos. Ordenad que al instante conduz-
can á este sitio á Mr. de Fridberg. (se apaga
la luz.)

OSB. (respirando.) La luz desapareció!.. Al fin
vencí! (alto y con calma.) Señor; siento amar-
gamente no poder complacer á vuestra Mage-
stad... Mr. de Fridberg no existe ya...

BURL. (abriendo las puertas vidrieras del fondo y
apareciendo) Señor, el Gobernador ha menti-
do!.. el prisionero no ha muerto!

OSB. Vuestra Magestad puede convencerse de
ello con solo bajar á la capilla.

BURL. No se moleste vuestra Magestad, porque
no merece la pena... El que vuestra Magestad
cree depositado allá bajo en la capilla, es un
antiguo conocido y enemigo mio... el inhumano
Clakmann... que de espia se hizo asesino...
le conocí en el momento de entrar en la capi-
lla y le seguí... cuando ví que iba á ejecutar
las órdenes del señor Gobernador... me eché
encima de él y le he dejado seco... como un
roble .. salvo el parecer de V. M.

OSB. Maldicion!!

REY. Y Mr. de Fridberg?

BURL. Hele ahí, señor...

ESCENA XII.

EL REY, D' OSBORN, BURL, ERNESTO ESTELA y TEO-
DORO. Se vé en el fondo y detrás de los oficiales, que
hay parados á ERNESTO, pálido, desfigurado y sos-
tenido en ESTELA.

FRID. (yendo hacia el Rey) Señor, la rehabilita-
cion ó la muerte.

REY. Mr. de Fridberg, os declaro inocente d
crimen que os han imputado; el general
los bávaros Wolf de Roederer, que otro tien
po consultó este asunto con el teniente Mu
grave, es hoy el Embajador en mi corte... n
ha remitido varios escritos de Mulgrave, e
tre los cuales está vuestra plena justificacio

FRID. Oh! hija mia! hija mia!

REY. En cuanto á vos, Conde de Osborn, maña
os presentareis ante un consejo de guerra
vive Dios! que no revocaré la sentencia! (á
oficiales.) Conducid á ese hombre á un calat
zo y que se le pongan centinelas de vista.

BURL. Mi general, ya tienen blanco los cual
granaderos. (un oficial y cuatro soldados se l
van al conde por la escalera grande.)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, excepto D' OSBORN, despues MARIA
CRISTINA.

MAR. (desde dentro) El rey!.. favor! favor!..
(tra y vé á Fridberg.) Cielos!.. mi esposo...
vida!.. Ah!.. (lo abraza con delirio.)

REY Y completamente justificado, señora!

FRID. Estela, te prometí entregarte á tu mad
y ahí la tienes!..

EST. Madre mia! (se echa en sus brazos.)

TEO. (adelantándose.) Otro favor tengo que
dir á S. M...

EST. Esta voz... esta fisonomia...

TEO. Hace años que me fugué del colegio do
me educaba y me presenté en el ejército
V. M...

EST. Cielos!.. Teodoro!...

REY. Y no teneis otra cosa que añadir...

TEO. Me fugué, señor, por hacerme hombr
digno de la muger que amaba... Hoy me
cuento capitan y la joven está presente..

Todos. Presente?...

TEO. Si..

EST. (al rey y á su padre alternativamente.)
ñor... padre mio .. es mi esposo!..

TEO. Consentid en nuestra union!

REY. Deseo hacer hoy la felicidad de todos. Si
Ernesto de Fridberg no se opone, apr
vuestro enlace...

FRID. Sed dichosos, hijos míos!..

(Estela y Teodoro besan las manos de Fridberg)

BURL. (al rey, cuadrándose.) Otra molestia, se

REY. Habla!

BURL. Me fusilarán?

REY. Por qué causa?

BURL. Por nada, señor... por desertor...

REY. No es poco... pero sinti... (mirando á id
berg.) mi error hubiera sido irreparable
por lo tanto... te perdono!

BURL. (saltando de gozo.) Viva el rey!! Bien me
lo decia el corazon!.. En muriendo Cla
murió mi mala suerte!!

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEA
DEL REINO.—Aprobada en sesion del 13
tierabre de 1849.—Baltasar Anduaga y E
sa.—Es copia del original censurado.

MADRID, 1849:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAM
Calle del Duque de Alba, n. 13.